

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

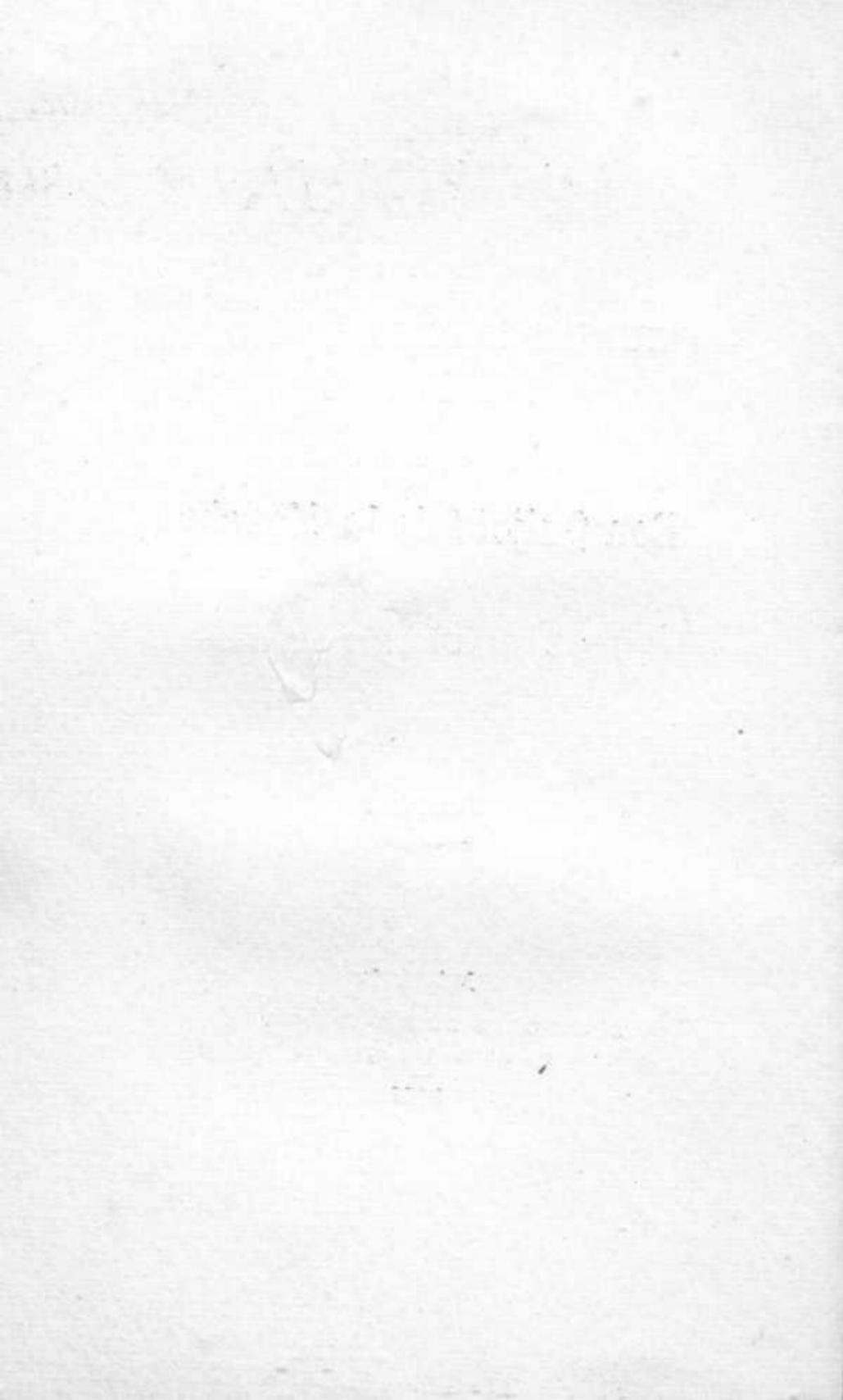
~~~~~  
TOMO I  
~~~~~

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1901



→
J. Heesavay,
Madrid, II-968

DG

can

HISTORIA
DE LA
CIENCIA
Y LA TECNICA
EN ESPAÑA
DIRECCION DE LA REVISTA
D. J. HEESAVAY

f. 1401436

225
vols. Ag.

-1968-

Libro de muy curiosa lectura
y difícil de hallar en el mercado
de anticuarios. Lo adquirí de Miller
- en misterio -, precio de 250 \$.

(Cat. 27, ficha 98)

III-968

J. L.

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

después de la muerte

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

HISTORIA

DE LA ALDEA

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DE LA ALDEA

DEL PUEBLO DE

Don Quijote de la Mancha

HISTORIA

DE VARIOS SUCESOS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DESPUÉS DE LA MUERTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

JOSÉ ABAURRE Y MESA

~~~~~  
TOMO I  
~~~~~

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1901

HISTORIA

DE LAS ALDEAS

OCURRIDOS EN LA ALDEA

DE LA MANCHA

DEL SIGLO XVII

de la Mancha

*Es propiedad.
Queda hecho el
depósito que marca
la Ley.*

DE LA MANCHA

TOMO I

MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA MANCHA

DE LA MANCHA

1842

SEÑOR DIRECTOR
DEL
ASILO DE MENDICIDAD
DE SAN FERNANDO
DE LA
CIUDAD DE SEVILLA

MUY SEÑOR MÍO:

Movido por el entrañable amor que siempre he sentido por esta Ciudad, dedico, con el mayor gusto, la presente obrita á los acogidos en ese Establecimiento de Beneficencia de su digna dirección.

Sírvase aceptarla, quedándole reconocido su muy atento y S. S.,

Q. B. S. M.

José Abaurre y Mesa.

Sevilla, Noviembre de 1901.

AL LECTOR

A ninguno de los que hayan leído la historia de *Don Quijote de la Mancha* le es desconocida la duda y la vacilación que invadieron el ánimo del inmortal Cervantes al escribir el prólogo de su obra incomparable; y puesto que él mismo declara que fué auxiliado por un amigo para redactarlo, el autor de la presente manifiesta no haber logrado la suerte que aquél obtuvo, y por ello resígnese el lector á aceptarla sin precedente de ningún género.

AL LECTOR

A ninguno de los que hayan leído la historia de Don Quijote de la Mancha le es desconocida la duda y la vacilación que invadieron el ánimo del inmortal Cervantes al escribir el prólogo de esta obra incomparable; y puesto que él mismo declara que fue auxiliado por un amigo para redactarlo, el autor de la presente manifiesta no haber logrado la suerte que aquel obtuvo, y por ello respalda el lector a aceptar sin precedente de ningún género.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DEL ENTIERRO DE DON QUIJOTE
Y DE OTROS VARIOS SUCESOS

REPIERE la Historia que después de haber declarado y certificado el médico del fallecimiento de Alonso Quixano *el Bueno* (que hasta entonces no se avinieron á creerlo el ama y la sobrina, confiadas en esa dulce esperanza que el verdadero cariño engendra en el humano corazón), procedieron ambas, deshechas en lágrimas y por advertencia del señor Cura, á amortajar con la mejor ropa que á mano hubieron á aquel cuerpo tan querido, aún todavía tibio y sudoroso.

Tendiéronle después de largo á

largo sobre su mismo lecho; colocaron á la cabecera un santo Crucifijo con dos velas encendidas, y pusieron entre las enlazadas manos del cadáver, las cuales besaron una y mil veces, el bendito rosario de su uso.

Toda aquella tarde y toda la noche de tan funesto día quedaron velando, siendo á ratos sustituidas, aunque á ruegos incesantes, por el Cura, otros dos eclesiásticos amigos de éste, que acaso estaban en el lugar, Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, los cuales no extrañaban la falta de Sancho Panza en aquellos religiosos momentos, por ser conocedores del mal que sufría.

Hechas las prevenciones necesarias, condujeron el cadáver á la iglesia en las primeras horas del siguiente día para darle cristiana sepultura en uno de los patios de la misma, lo que se efectuó en sitio conveniente y con las preces del Cura y los llan-

tos y sollozos de todos los circunstantes.

No faltó Sancho Panza á esa triste ceremonia, contraviniendo á las prescripciones del médico que le asistía y desatendiendo los ruegos de su mujer; pero más les valiera á todos los acompañantes que hubiese excusado su presencia en aquel lugar; porque, renovándosele en tan solemne momento su pena y dolor por la pérdida de su señor y amo, deshecho todo en lágrimas, cayó sobre la sepultura, aún no acabada de llenar y cubrir de tierra, que de aquél lo habría de separar para siempre, sobreviniéndole un tan grande desmayo, que todos creyeron había llegado el término de su vida. Vuelto á ella de nuevo y auxiliado por sus amigos, pudo, aunque con dolor y trabajo, llegar á su casa, donde lo dejaron muy recomendado á su mujer y á Sanchica su hija para que lo cuidaran convenientemente.

Si grandes fueron los lamentos del ama y de la sobrina al ver conducir el cadáver de su señor y tío á su última morada, mayores fueron los en que prorrumpieron al regreso de los acompañantes; y parecía que con ellos les preguntaban: ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde lo habéis dejado? ¿Por qué venis tan solos? Porque la presencia de aquellos amigos sin su amigo, les aumentaban la suma tristeza y la soledad en que se hallaban.

Despidiéronse todos de ellas, dirigiéndoles, particularmente el Cura, como el más autorizado por su estado, palabras de consuelo (si en tales casos pueden hallarse), y recomendándoles que cuidaran de sí mismas para poderle ofrecer á la memoria del difunto los recuerdos y oraciones debidos; hizo el Cura entrega á la sobrina del santo rosario que llevó el cadáver hasta la sepultura; y con esto dejáronlas solas

para que con la libertad que la soledad de suyo ofrece, desahogaran su pena y ellas á sí mismas se fueran lentamente consolando.

Pasados dos días pareció bien al Cura que era llegado el instante de llenar cumplidamente la obligación de albacea que por el testamento de D. Quijote (que así se le siguió llamando fuera de su casa) se le imponía en unión del Bachiller Sansón Carrasco; y puesto de acuerdo con éste visitaron al ama y á la sobrina para darles cuenta de que no podían, sin gravar su conciencia, retardar el cumplimiento de la última voluntad de aquél, particularmente en lo relativo á la parte piadosa, ó sea en lo de las misas y sufragios por su alma; sin desatender los demás extremos del testamento. Ofreciéronse éstas á ayudarlos en sus trabajos de inventario, dejando al buen juicio de ellos el aprecio prudencial de todo lo existente, ya fue-

sen muebles, ya alhajas, semovientes ó heredades, si bien acerca de estos últimos bienes decíale la sobrina al Cura:

—¡Ay, Sr. Pero Pérez! ¡Cuántas veces aconsejé á mi buen tío, que santa gloria haya, en aquellos tristes días de su alucinamiento, que mirara lo que hacía y no se fuera á la mano en vender y malbaratar tantas y tan buenas tierras de pan llevar, que adquiridas de sus padres, le sustentaban y ofrecían medios para su comodidad y regalo; pero tales trazas se dió, sin que ruegos ni razones bastaran á convencerle, que las convirtió en ducados para invertirlos en la compra de aquellos malhadados libros, que tal lo pusieron, y en aprovisionarse para las varias salidas en busca de sus desventuradas aventuras!

—Bien, bien—contestábale el Cura;—vamos á lo presente, sin recordar por hoy lo pasado; que no

somos nosotros los llamados á juzgar de los hechos de su señor tío: si hizo bien ó mal, ya habrá dado cuenta de sus actos á quien todo lo ve y todo lo juzga. Hija—dijo con marcada solemnidad,—no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

A cuyas palabras no fué dueño á contener un profundo suspiro el Bachiller Sansón Carrasco.

—Dice muy bien vuesa merced—expuso el ama, que atentamente le escuchaba.—¡Quién podrá afirmar, sin incurrir en grave pecado, que los sucesos ocurridos á mi bendito amo (porque bien sabe vuestra merced mejor que nadie que era un bendito, un santo muy cristiano y caritativo) no estuvieran ya de antemano señalados por la Providencia! ¡Ah, señor Cura, pésame en el alma, y tal salud le deseo como es verdad lo que digo; pésame todo cuanto hice y dije y maldije en contra de aque-

llos libros que condenamos á sufrir la pena del exterminio en la hoguera que en nuestro corral encendí con mis pecadoras manos! Y á vos, Sr. Carrasco, pídole perdón de las injurias y maldiciones que un día proferí contra vuesa merced por haber aconsejado á mi amo y señor que no retardara en manera alguna la nueva salida que intentaba en busca de sus aventuras, bien en contra de los ofrecimientos que me había hecho de retraerlo y sujetarlo para que no se saliera (1), como yo á vuesa merced le había dicho.

—Por perdonadas—dijole el Bachiller;—y esa confesión me impulsó más y más á la que yo debo prestar á los pies del señor Cura que aquí se halla, y que en oportuno momento haré verdaderamente contrito.

(1) *Don Quijote de la Mancha*, parte segunda, capítulo VII.

Miróle el Cura, como interrogándole qué era lo que quería decirle, y adivinándolo Sansón Carrasco se apresuró á expresarle:

— A su tiempo lo sabrá vuesa merced.

Volviéndose el Cura hacia el ama, dijo:

— Lo que hicimos, señora ama, con aquellos libros, puede ser objeto de muchas y grandes dudas, según la manera como se juzgue. Nuestra intención fué buena al condenar á una pena, quizá algo excesiva, á los que creímos que fueron los autores del mal; pero, bien mirado, el cuchillo que mata no es el asesino sino sólo el instrumento de que éste se vale; y aunque de muy buena fe nos asociamos todos, movidos á impulsos de un mismo sentir, creyendo, como creímos, proceder buenamente y en justicia, hoy declaro y confieso que de aquél, y quizá de otros hechos posteriores, tenga al-

gún día que dar cuenta ante el Tribunal donde todas se rinden.

—Ahí está el toque, señor Licenciado—expuso el Bachiller, como agobiado bajo el peso de un remordimiento.—Pero volvamos al objeto de nuestra venida, que no ha sido otro sino el de llenar y cumplir los deberes de nuestro cargo como albaceas, sirviéndose ama y sobrina de facilitarnos los medios para llevarlo á feliz término y con la brevedad posible.

Con muy comedidas palabras se ofrecieron éstas á mostrar los libros, apuntes y papeles que en una arquita particular guardaba su señor y tío, pudiendo desde luego procederse á lo que fuera conveniente por asociarse ambas al buen deseo del Cura, de dar cumplimiento á la parte piadosa del testamento.

—Dejemos para mañana en ese día semejante trabajo—contestóles el Cura,—puesto que nuestra visita

de hoy ha sido, tanto de información cuanto de prevención, y ya terminada, nos despedimos de vuestras mercedes para ir más tarde á casa del bueno de Sancho Panza, aún no repuesto del padecimiento que le aqueja, que, á juicio del médico, ha sido originado por tristezas y melancolías; y si en ellas persiste, pudiera muy bien sobrevenir un fatal desenlace.

—¡Aun ahí sería el diablo!—exclamó el ama, interesada por el pobre Sancho.—¡Dios quiera devolverle muy en breve la buena salud de que siempre ha gozado, y que le veamos y nos dé cuenta, á su manera, de tantas cosas por nosotros ignoradas y que vivirán fijamente en su memoria como escudero que fué de mi señor!

Despidiéronse el Cura y el Bachiller, emprendiendo lentamente su camino.

CAPÍTULO II

DEL DIÁLOGO MANTENIDO ENTRE EL CURA
PERO PÉREZ Y EL BACHILLER SANSÓN CA-
RRASCO.

TRISTES y pensativos iban sin atreverse á romper el silencio que guardaban; y dejándose llevar en alas de unos mismos pensamientos y deseos, dieron una gran vuelta hasta encontrarse bajo frondosos árboles nacidos á orillas de un arroyo, inmediato al lugar, donde las lavanderas de la aldea acostumbraban á reunirse. Algo fatigados, no tanto del paseo cuanto de los muchos y varios pensamientos que les acometían, sentáronse sobre una gran piedra que parecía ser base y sustento de un gigantesco álamo.

No bien ocuparon aquel lugar, cuando Sansón Carrasco, despojando su cabeza del ancho sombrero que la cubría, rompió el profundo y sostenido silencio con semejantes razones:

—Este lugar apartado en que nos hallamos, en el que sólo triunfan las armonías de la Naturaleza, mantenidas con el blando murmurio que el viento produce al mover las blancas y verdes hojas de estos árboles, con la suave y apacible corriente de este manso arroyo que á nuestros pies se desliza, y con los delicados trinos del avecilla que presurosa regresa á su nido en esta triste hora del crepúsculo de la tarde, parece ser el más propio, amigo y señor Licenciado, para abrirle á vuesa merced mi pecho en descargo de mi conciencia, si es que logro romper de mi indecisión las fuertes trabas que la sujetan; y no será menos solemne esta confesión mía por no prestarla

bajo la bóveda del santo templo y á la presencia de una bendita efigie venerada en los altares, porque en este sitio nos cubre la bóveda del cielo, la que muy en breve se verá tachonada de esas infinitas luces encendidas por la omnipotente mano, y aun me parece que más y más se muestra la presencia de Dios en sus maravillosas obras, que en una humana representación de la misma; y esto sea dicho con la debida protesta.

—Adelante, hijo—exclamó el Cura, invistiéndose de sus facultades como ministro de la Iglesia, y dispuesto á escucharlo.

—Si el remordimiento es una pena, súpfrala, señor Licenciado, como castigo de mi culpa. Le declaro y confieso haber cometido un hecho que lleva en sí el doble concepto de un crimen ante la sociedad y de un pecado mortal ante Dios.

—Todo hecho reprobado, señor

Bachiller, envuelve esa dualidad; adelante—interrumpióle el Cura.

—Y siento desfallecer mi espíritu—continuó Sansón Carrasco;—siento tan grande dolor en el alma, que veo cumplidas en mí las palabras del Señor por su Profeta Ezequiel: «el ánima que pecare morirá»; y aunque el hecho originario de mi culpa parecía reunir las condiciones de legitimidad, de justicia y de conveniencia, ¿es el individuo por sí y ante sí el único llamado á calificar tales apariciones para realizarlo?

—Según y conforme, señor Bachiller. Pero concrete vuesa merced más la cuestión que me propone. Me habláis de un remordimiento que os atormenta; pero veamos cuál sea la causa de él.

—¡Ah, señor Cura—dijole aquél bajando la voz y esparciendo la mirada en su derredor,—la causa es un crimen, teniendo en él un cómplice que me veré precisado á delatar!

—¡Un cómplice!—exclamó el Cura, algún tanto sobrecogido casi involuntariamente.

—Sí, sí—dijole Carrasco, llegándole al oído;—y ese cómplice lo es vuesa merced, señor Pero Pérez.

—¿Qué decís, señor Bachiller? ¿Estáis en vuestro juicio, ó es todo ello una alucinación de vuestra mente? ¿Yo cómplice de vuesa merced y en un hecho que calificáis de delito y grave pecado, bastantes á producir un cruel y mortificante remordimiento?

—Hablo seria y formalmente, señor Licenciado, sin padecer ofuscación alguna; y como hace ya varios días que muero en esta ansiedad en que me hallo, perseguido por un fantasma aterrador que sin cesar me amenaza, he creído llegados la hora y el momento de buscar fuera de mí quien me alivie de esta angustia de que padezco, ya que no fuese dado el acabamiento de la misma.

—Vamos derechamente al hecho —dijo impaciente el Cura, mortificado por la idea de la complicidad en que aquél lo envolvía.—Veamos en qué consiste, y si, por su naturaleza, me basto para entender en él; que de ser de gravedad notoria, atendidas sus circunstancias, ahí está no muy lejos la jurisdicción de nuestro Diocesano.

—Aún creo que ambas serán insuficientes y que tendremos que recurrir á Su Santidad—dijo Sansón Carrasco.

—¡Cáspita!—gritó el Cura.—¿Ignoráis, por ventura, señor Bachiller, que sólo se acude á la Santa Sede en casos muy graves?

—De tal califico el asunto de que se trata.

—Señor Carrasco, si es urgente el despacho en Roma, según se me trasluce por sus palabras, recuérdole las últimas noticias recibidas de nuestro Diocesano, de las que he dado

cuenta á vuesa merced, referentes á la muy grave contienda de que en Venecia entiende nuestro Santísimo Pontífice Paulo V, mantenida entre católicos y protestantes, que espera terminar con la intervención del Rey de Francia Enrique IV; y tantas serán las ocupaciones de la Santa Sede, que en muy largo tiempo no pueda obtenerse el despacho y resolución de la consulta que á ella se eleve respecto de nuestro asunto; y tal pudiera llegar á tiempo de que el Rey, el asno ó yo hubiéramos muerto. Así que calme vuesa merced su espíritu, no dando tales proporciones al caso en que se halla, y veamos, después de conocido, si merece que de él entienda nuestro Superior; y tal pudiera ser, como ya le tengo expresado, que yo solo basta y sobre para resolverlo, tranquilizar su conciencia y ponerle en vías de seguir peregrinando por este valle de lágrimas hasta que Dios

sea servido de llamarle á su santo seno.

Quedó algún tanto pensativo nuestro Bachiller ante las observaciones del Cura, y aunque fueron breves los momentos de su indecisión en contestarle, parecióronle siglos á éste, según la ansiedad que le dominaba, y que mal pretendía disimular, por conocer el hecho de que su amigo trataba; y no pudiendo contenerse,

—¡Vamos!—exclamó, interrumpiendo la meditación en que Sansón Carrasco había quedado.—Tenga vuesa merced confianza en mí. Como amigo, le suplico; como confesor, le ordeno que se exprese lisa y llanamente y sin rodeos; que con la comunicación de las almas comienza el alivio de las penas; y si en mis manos no estuviera el hallar su remedio, de seguro encontrará en mi corazón un profundo sentimiento para llevarlas.

—Sí, ciertamente—dijole Carrasco.

Y quedó de nuevo indeciso en proseguir, lo cual visto por el Cura, siguióle hablando más dulcemente á fin de persuadirlo, diciéndole:

—Los males del alma, engendrados en la soledad, se aumentan y arraigan más y más con la soledad misma, y de prudentes es el no fiarse del propio juicio, porque la debilidad humana hace extraviar la razón cuando en completa libertad se la deja y abandona por el individuo, el cual sólo es un átomo ante Dios, á quien debe rendir amor, respeto y sumisión.

—Sí; vuesa merced dice muy bien—repuso el Bachiller, alzando su frente abatida.—La rebeldía de mi razón, el arrojarme en brazos de una libertad mal entendida y torpemente ejercitada, el alejamiento de la sociedad en que vivo, el olvido que casi puede estimarse de burla y es-

carnio de todo principio de sumisión y de respeto á los poderes, ante los cuales el individuo, ese átomo de que me habéis hablado, debe rendirse, me arrastraron á ejecutar un hecho que, meditado en la sombra, verifiqué á la luz del día, y del cual, si ante la sociedad puedo aparecer impune, no lo estoy á los ojos de Dios.

La exaltación y la vehemencia empleadas por el Bachiller, al expresarse en tales términos, inquietaron sobremanera á su compañero y amigo, hasta el punto de abrigar éste serios temores acerca del estado de la razón de Carrasco, que hasta aquel momento había venido mostrándose juicioso y razonable en todos sus discursos, si bien se le habían notado desde el fallecimiento de Don Quijote ciertos barruntos de melancolía y abatimiento que en vano cuidó de disimular.

—Basta ya de preámbulos, amigo

mío—exclamó el Cura, muy interesado por conocer de lo que se trataba.

Y después de varias observaciones que dirigió al Bachiller, encaminadas á persuadirlo para que no retardase la confesión del hecho que atormentaba su conciencia, lanzando éste un profundo suspiro y mirando al cielo, donde ya comenzaban á señalarse los destellos de las primeras estrellas anunciadoras de la noche, se decidió á expresarse del siguiente modo:

—Ya le tengo manifestado á vuesa merced, desde mi llegada al lugar, que al salir de Salamanca, en donde recibí el grado que inmerecidamente ostento....

—No sienta bien en los labios de vuesa merced, Sr. Carrasco, tan extremada modestia—interrumpióle el Cura;—que de todos son bien conocidos su talento y su discreción; adelante.

—Ya sabéis, le repito—continuó aquél—que al emprender ese viaje al lugar de mi nacimiento, no tan sólo fuí movido por el natural deseo de visitar á mis padres, sino también por el de ver y tratar á nuestro convecino Alonso Quixano, el cual con el nombre de Don Quijote era ya conocido en casi toda nuestra España, por el raro y extravagante capricho en que había dado y persistía de resucitar en nuestro tiempo la ya olvidada caballería andante, estando tan generalizada la historia, ya impresa, de sus hazañas, que era un juicio el gusto y complacencia con que todos la acogían: ya sabéis.....

Y en este momento volvieron ambos interlocutores la vista hacia el lugar, á las voces de una mozuela que se les acercaba, la que fué á poco reconocida por éstos; y era Sanchica, la hija de Sancho Panza, que, toda anegada en lágrimas, les dijo:

—Venid luego, luego, señor Cura,

y vos, Sr. Carrasco, que padre está muy malo; padre se muere. Venid presto, que Dios os lo premiará en la tierra y en el cielo.

—Pero ¿qué es ello? Dí, muchacha, ¿qué ocurre? ¿Qué le pasa á tu padre?—exclamaron á su vez el Cura y su amigo, levantándose para emprender su vuelta al lugar.

—Venid presto, les repito—dijo la muchacha—por ser la orden que el médico, que en casa queda, me ha dado, de que inmediatamente buscara á vuesa merced, señor Cura, y á todo esto, sin dejar de decir: «malo, malo, malo».

—¡Valme, Dios!—dijo el Cura.—Y movido por igual sentimiento del que dominaba al Bachiller, apresuraron su marcha, siempre precedidos por Sanchica, que á ello les animaba, y aunque tal incidente contrariaba los deseos del Cura, supo éste resignarse cristianamente ante el imperio de sus deberes.

Deciale en su agitada marcha á Carrasco:

—Será tal vez algún recargo de la dolencia que sufre el pobre Sancho; quizá algún síncope, que siempre alarma y atemoriza.

—¡Dios sabe lo que será! Él quiera que tras la pérdida del caballero andante—manifestó el Bachiller—no tengamos que lamentar la de su escudero; que si tal aconteciera, no sé lo que sería de mí, porque, hablando á la manera del bueno de Sancho, el asno sufre la carga, pero no la sobrecarga; y Dios que me oye, sabe lo que me digo.

—Sea lo que fuere—expresó el Cura—cumpliré con mi deber, y á vuesa merced no ha de pesarle el practicar una obra de caridad.

Dicho esto, apresuraron aún más el paso, hasta llegar á la casa de Sancho, cuyo umbral atravesaron, dirigiéndose resueltamente al aposento que aquél ocupaba.

CAPÍTULO III

DE LAS TRIBULACIONES PASADAS EN LA CASA
DE SANCHO PANZA CON MOTIVO DE SU EN-
FERMEDAD.

YA dentro de él, presentóse ante su vista un triste cuadro, que por el momento los sobrecogió, especialmente á Carrasco; pero el Cura, más acostumbrado, á fuerza de ejercitar su ministerio, á presenciar semejantes escenas, logró más prontamente sobreponerse.

Hallábase Sancho Panza tendido sobre su lecho, el que rodeaban el médico, la familia y algunos vecinos, en tal estado de inmovilidad y de quietud, que parecía un cadáver. Su mujer Teresa y Sanchica, su hi-

ja, á duras penas podían reprimir sus lamentos y sollozos á las intimaciones que el médico les dirigía, el cual fijamente miraba al enfermo, como en espera de un desenlace ó favorable ó adverso.

Dirigiéndose á él, le dijo el Cura en voz muy baja :

—¿Qué es esto, amigo? ¿Qué ha venido á provocar la gravedad de Sancho?

—¡Silencio!—dijole aquél de palabra y de acción, sin dejar de observar al enfermo.—Espero de un momento á otro la crisis que habrá de sobrevenir, mediante Dios, y á virtud de los revulsivos que acaban de aplicársele; de lo contrario, le recomiendo á vuesa merced que se disponga á prestarle los auxilios espirituales.

El Cura y el Bachiller no pudieron menos de experimentar una dolorosa impresión al escuchar semejantes palabras; pero, pasados algu-

nos minutos, lanzó Sancho un tenue suspiro, que casi parecía un quejido, cuya señal de vida hizo serenar la frente del médico, llevando la esperanza á todos los que le rodeaban.

—¡La crisis! ¡Silencio!—dijo éste. —El delirio no tardará en sobrevenir; pero, al fin, es señal de vida. La fiebre debe de haberle afectado profundamente el cerebro.

Trató Sancho de revolverse, como para incorporarse; mas el médico le contuvo con extremada suavidad, y entreabriendo aquél los ojos, en los que mostró una mirada vaga é indecisa, con voz muy debilitada comenzó á decir:

—¡Ah, Sr. D. Quijote, amo y señor mío! ¡Quién me había de decir que sería yo el que infundiera en el siempre esforzado ánimo de vuesa merced los alientos y el valor de que necesita para conllevar la desgracia de su vencimiento; que en la playa de Barcelona quedó grabada

para eterna memoria de los venideros siglos! Deje vuesa merced de pensar en el hecho acaecido, y busquemos la causa de él; porque, ó yo soy un porro confirmado, ó anduvo en ello más la mano de la malicia humana, ó quizás el impulso de algún vengativo propósito, que las malas artes de un encantador enemigo mortal de vuesa merced.

Cerró de nuevo los ojos para volver á caer en la inmovilidad anterior.

—Recuerdos del pasado—dijo el médico al oído del Cura;—pero me parece que ha desaparecido el grave peligro en que se hallaba.

Recomendó á todos que hicieran observar al enfermo la mayor quietud, sin hablarle lo más mínimo, y se retiró para volver á la mañana siguiente.

Carrasco, triste y pensativo, no dejaba de contemplar á Sancho; el Cura no cesaba de aconsejar á Te-

resa y á Sanchica, aunque en voz muy baja, para que no turbasen la quietud del enfermo con sus exageradas muestras de cariño. Pero, pasados unos momentos, volvió Sancho á expresarse del siguiente modo:

—Sí, Sr. D. Quijote, ya irá viendo vuesa merced cuán presto marchará el tiempo de esta reclusión en que nos hallamos; que si á vuesa merced le duele por no llevar á cabo sus grandes propósitos caballerescos, á mí me mortifica por no ver prontamente realizadas mis esperanzas de llamarme Conde, puesto que ya he probado á lo que sabe ser Gobernador.

Y en esto calló, dando señales de haber caído en un sueño profundo, de lo que todos se alegraron, por creer que el sosiego y la calma le servirían de gran provecho.

Ya bien entrada la noche se retiraron el Cura y Carrasco para diri-

girse á sus respectivos hogares, y por el camino decíale éste á aquél:

—No me es dado expresar á vuesa merced cuánto he sufrido en el tiempo que hemos pasado en la casa de Sancho y á su presencia, considerando su estado y atento á sus palabras, manifestadas durante su delirio, tan concertadamente dichas, que casi me hacían dudar que fueran hijas de éste.

—Sí, es verdad,—dijole el Cura, recordando la conversación anterior habida con el Bachiller;—las impresiones sufridas por mí en la casa de Sancho habían encalmado algún tanto los deseos que poco antes abrigaba de conocer y entender del grave hecho de que vuesa merced me empezó á dar cuenta sentados al pie de aquel álamo; pero sus palabras últimas han venido á despertarlos, y le ruego que prosiga en su narración, que fué interrumpida por la llegada de Sanchica.

—No—contestóle Carrasco,—hácese tarde, y es hora más bien de recogerse que de pláticas. Mañana proseguiremos tratando de ese asunto; necesito algunas horas de descanso, si es que llego á lograrlo, y haré por coordinar las ideas para expresarlas con la mayor claridad posible.

—Bien, sea así,—expuso el Cura, resignándose á dejar aplazada la continuación de ese diálogo, que la curiosidad y el interés le movían á mantener.

Despidióse del Bachiller, dejándolo á la puerta de su casa, y fuése á la suya, dispuesto á buscar en el sueño la mayor brevedad del tiempo que habría de mediar hasta volver á la conversación suspendida.

CAPÍTULO IV

DONDE SE CONTINÚA EL DIÁLOGO MANTENIDO
ENTRE EL CURA PERO PÉREZ Y EL BACHI-
LLER SANSÓN CARRASCO.

AL siguiente día, y muy de mañana, después de cumplir sus obligaciones como cura del lugar, y conecedor del estado de Sancho, bastante satisfactorio, según el parecer del médico, que lo halló en la casa del enfermo, fuése derechamente á la de Carrasco, al cual lo encontró dispuesto para salir de ella. Propuso éste, y fué aceptado por el Cura, volver al sitio donde se hallaron la tarde anterior, sin ocuparse durante el camino de

otro asunto que de la enfermedad de Sancho.

Llegados al sitio, y ya sentados sobre la misma piedra, comenzó á decir el Bachiller:

—Comprendo, señor Licenciado, la ansiedad que le domina por conocer de lo que ya le tengo indicado; pero por grande que ella sea no alcanza á la magnitud de mis deseos por descargar mi conciencia.

—¡Adelante!—expresó el Cura.

—Ya sabéis cómo ayer le decía—continuó Carrasco—cuáles fueron los motivos de mi vuelta al lugar, y que al conocer y tratar á nuestro convecino Alonso Quixano, transformado en D. Quijote, fué tan grande y dolorosa la impresión que sufrí, aunque bien la disimulaba, que concebí, y en mal hora fué ello, el hoy para mí malhadado y criminal pensamiento de procurar la curación de su enfermedad, que, como vuesa merced sabía, no era otra

cosa más que una perturbación mental, según yo también creía y aseguraba.

—Es mucha verdad—replicó el Cura,—y recuerdo que un día entramos á buceo vuesa merced y yo para ver de adoptar los medios.

—Dolíame su estado—prosiguió Carrasco,—no sólo por caridad, sino también por cierto escrúpulo, que me pesa haber tenido, nacido á la sombra de lo que puedo llamar amor patrio; heríame en lo profundo del alma que sólo aquí, en la Mancha, se hubiera dado el caso singularísimo de la aparición del héroe de esa famosa historia que hoy corre de mano en mano, y que ciertamente no deja en buen lugar á los moradores de esta región, porque por ser historia, y por desgracia muy verdadera, nos habíamos de ver muy señalados de Quijotes, apelativo que, por causa de aquél, siempre tendríamos que sobrellevar. Ya sa-

béis que este desdichado bachiller, como iniciador del pensamiento de la curación de nuestro convecino, y vuesa merced como su cómplice ó aliado, sin conocer la verdadera enfermedad, y sí sólo dejado llevar de presunciones y de falsos indicios, á semejanza de un torpe médico envanecido y soberbio, que huye de la asociación y del parecer de otros más autorizados por su práctica y su ciencia, se atrevió, *velis nolis*, á aplicarle una imprudente medicina, por lo cual experimentó un terrible desengaño; y esto aconteció cuando me convertí en el Caballero del Bosque ó de los Espejos; y recordando cuán vencido, molido y quebrantado quedé de manos de aquel á quien pretendí curar, transformándose mis sentimientos, en un principio caritativos, en las venenosas víboras del odio y de la venganza, lo que he tratado de ocultar á los ojos de vuesa merced, y cuyos

perversos sentimientos me impulsaron á probar de nuevo la aplicación del medio adoptado para atraer á la razón al que hemos creído que la tenía perturbada. Convertíme, pues, en el Caballero de la Blanca Luna; pasé á Barcelona; llegué, vi, vencí. Empezó D. Quijote á cumplir la condición impuesta de permanecer un año recogido y obligado á no hacer uso de las armas durante ese tiempo, y á los muy breves días prodújole la muerte aquel vencimiento. De no haber ocurrido éste, aún viviría D. Quijote. Las tristezas y melancolías que se apoderaron de su espíritu provinieron de aquel suceso, el cual nunca pudo sospechar que ocurriera. Yo—exclamaba Sansón Carrasco, acentuando sus palabras,—yo, pues, le arrebaté sus más queridas ilusiones; yo quebranté sus esperanzas, encaminadas siempre hacia el bien, como trataba de hacerlo, abatiendo la soberbia en los

gigantes, ensalzando la virtud y amparando al desvalido y menestero-
so; yo he sido el causante de su
muerte; yo le he privado del dere-
cho á la vida, usando de medios
violentos, como son los desafios,
condenados por nuestro último san-
to Concilio; yo, para decirlo de una
vez, he privado al mundo de una
complacencia que experimentaba
por el conocimiento de los hechos
de D. Quijote, los cuales jamás pu-
dieron merecer la censura de la so-
ciedad ni la persecución, con sus
rigores, por nuestra santa Inquisi-
ción. ¡Dígame, pues, vuesa merced
—prosiguió el Bachiller algún tanto
más tranquilo,—dígame si es posible
conllevar la vida bajo el peso abru-
mador de tan grande remordimien-
to, y si habrá remedios en el mundo
para tranquilizar mi conciencia!

Vacilante, perplejo, dudoso que-
dóse el Licenciado en vista de las
manifestaciones de Carrasco, y des-

pués de pasados algunos instantes de recogimiento y de meditación, en los que sin duda invocó al cielo para que lo iluminase, á fin de contestar á su doliente amigo, se aventuró á expresarse en la siguiente forma.

CAPÍTULO V

DE LA RESPUESTA DADA POR EL CURA AL
BACHILLER SANSÓN CARRASCO, É INTE-
RESANTE DISCUSIÓN PROMOVIDA ENTRE
AMBOS.

BIEN quisiera, amigo mío y es-
timado hijo de confesión—
dijo Pero Pérez,— hallarme
dotado de las condiciones de que
carezco, de ilustración y de ciencia,
para conseguir de momento la tran-
quilidad de espíritu que tanto anhe-
la, y poder llevar á vuestro ánimo
el convencimiento y la persuasión;
pero, aunque humildísimo ministro
de la Iglesia, ofrezco cariñosamente
á vuesa merced todo lo que de mi
parte estuviere, sin perjuicio de
oportunas consultas, para aliviar al
menos su estado de presente, pro-

metiéndome obtener por mis reflexiones lo que no puedo menos de esperar de su amistad sincera, de su claro entendimiento y de los sanos principios de moral y de filosofía que en vuesa merced resplandecen. A otro, que no á vos, hablaríale del pecado, si con él le viera estrechado y envuelto entre sus apretadas redes, y le diría cuán presto y fácilmente aparta el hombre sus ojos de Dios para fijarse en sí mismo ó en las vanidades del mundo; reprenderíale su proceder; pediríale contrición y enmienda; impondríale su penitencia y..... *laus Deo*; porque la generalidad de la gente peca en muchísimos casos sin un pleno conocimiento de sus actos, y hay que despertar la conciencia, y de aquí algunas veces mis rigores pidiéndole mucho para que ofrezca algo, y poco á poco irla encaminando por la buena senda en provecho de Dios, en el de su Iglesia y en el de la sociedad

misma; pero tratándose de vuesa merced depongo mi investidura sacerdotal para acoger entre mis brazos al buen amigo, al hijo excelente é intachable convecino, y mantener con él una apacible conversación, que á entrambos pueda ser de conveniencia y de provecho.

Tal exordio empleó intencionalmente el Cura, á fin de predisponer el ánimo de su atribulado amigo hacia la templanza, y llevarle á ella con suavidad y dulzura, estando muy reciente la exaltación de aquél, y recordando el proverbio de Salomón de que la respuesta blanda quebranta la ira, la cual se enciende más con exceso de palabras.

—Gracias doy al cielo—continuó diciendo,—porque el grave suceso que teníais que comunicarme sea el de que me habéis hablado; porque de haber sido otro, doleríame en el alma, por tratarse de vuesa merced, cuya amistad y cariño guardo en lo

más profundo de mi corazón; pero, en fin, ya que conozco el hecho tan clara y sucintamente expuesto, veamos de analizar su naturaleza y no nos dejemos llevar por la exageración, dándole, como ya tengo dicho, proporciones inconmensurables; porque la imaginación, si no se la sujeta, suele remontar el vuelo hasta donde no debe llegar, y ella es reputada muy sabiamente por la eximia reformadora del Carmelo, como la loca de la casa. Que vuesa merced se puso de acuerdo conmigo para ver de atraer á la razón á nuestro convecino Alonso Quixano, que á juicio de todo el mundo la tenía perturbada, es un hecho innegable, y yo protesto ante Dios y mi conciencia que fui llevado y movido por un buen deseo, que lo fué el de hacer un bien, como yo á todos mis feligreses aconsejo y predico; y como el tal deseo estaba en un todo conforme con la más santa doctrina,

no me pesa, señor Bachiller, de haberlo sentido y de haber aconsejado á vuesa merced que persistiera en él y que procurásemos valernos de los convenientes medios para realizarlo.

—En el medio empleado es en lo que claudica ese buen deseo—interrumpiéndole Carrasco;—porque proponiéndonos hacer un bien, hemos obtenido y causado un horrendo mal, de todo punto irreparable.

—Poco á poco, señor mío—contestóle el Licenciado;—si sólo consideráis las cosas desde el punto de vista de lo material, tal vez tengáis razón, aunque algún tanto dudosa; pero si os alzáis á la región de lo espiritual, veréis que un alma cuya reconciliación con el cielo no sabemos cómo hubiera podido efectuarse, porque no podemos asegurar hasta qué punto hubieran llegado las acciones de Don Quijote, volvió la vista hacia Dios en un momento supremo de contrición y arrepentimiento,

y por ello creo firmemente que hoy goza de la presencia divina, sin que me podáis negar que la carne miserable es la cárcel que al espíritu aprisiona, aunque por muy corto tiempo.

—No lo niego—dijo el Bachiller;—pero esta miserable carne mía, que estrecha y sujeta á mi espíritu, está clamando, á pesar de sus observaciones, por un ejemplar castigo; como es cierto que mi espíritu sufrirá el suyo por haber pecado un día como rebelde, huyendo de acogerse á la divina gracia, de la cual sólo se goza cuando el hombre ama y busca con anhelo la verdad. Pero cuando el hombre ni ama ni busca la verdad, ¿no es casi seguro que ha de marchar fuera de la buena senda y sujeto á gravísimos errores? Vuesa merced bien sabe, como dijo un gran predicador y teólogo (1), que

(1) San Juan de la Cruz.

muchas veces los vicios tienen color de virtudes, y muchas virtudes se desvanecen por la vanagloria, y muchas veces nuestras justicias, examinadas en el juicio de Dios, se hallan ser injustas, porque aquello que á los ojos de Dios es obscuro, á los ojos del mundo pareció claro, y, en fin, olvidéme, señor Licenciado, como soberbio y arrogante, de aquellas palabras del santo Job: «Temía yo todas mis obras sabiendo, Señor, que vos no perdonáis al delincuente.»

—Pero, Bachiller amigo, ¿en dónde halláis vos ese pecado de la soberbia, de que os inculpáis?—díjole el Cura.—¿Qué escrúpulos son estos en que habéis venido á dar de pocos días á esta parte, cuando no há mucho que os holgabais de lo que hoy reprueba y condena vuestra conciencia?

—Contesto á vuesa merced—replicó Carrasco—con sus mismas pa-

labras: la generalidad de la gente peca sin tener un pleno conocimiento de sus actos, y yo, incluyéndome en esa generalidad, no sabía lo que pensaba ni lo que hacía; y hoy que lo sé, por haberse despertado mi conciencia, antes dormida, creo firmemente que dominó en mi ánimo el espíritu del mal. Cierto que se ha verificado en mí un cambio radical, no sólo respecto de algunas ideas, sino también en mi condición y carácter, puesto que he dejado de ser aquel inaudito Bachiller, perpetuo (1) trástulo y regocijador de los patios de la escuela Salmanticense, como en cierta ocasión dijole de mí Don Quijote á Sancho y á la presencia mía.

—Veamos de fijar, si le place, algunos puntos capitales acerca de este asunto, para mí tan nuevo como interesante.

(1) *Don Quijote de la Mancha*, cap. VII, parte 2.^a

—Pláceme seguramente—contestó el Bachiller;—y debo de empezar por preguntar á vuesa merced: ¿Quién era Don Quijote de la Mancha? pregunta que bien creo no me la habréis de contestar á satisfacción mía.

—Si empezáis por dudar de mí—contestóle el Licenciado,—cuando mi grado y mi profesión me abonan, bien debiera excusar la contestación.

—Por ahí debí de haber comenzado, Sr. Pero Pérez—dijo Carrasco,—el día en que nos reunimos para tratar acerca de la curación de nuestro amigo: debí dudar de vuesa merced como de mí mismo; y si tal hubiera hecho, otro gallo me cantara; pero aunque tarde, por desgracia, espero oír de sus labios el concepto verdadero que de nuestro convecino Don Quijote habíais formado antes de su fallecimiento.

Nuevamente quedó confuso el Licenciado, temiendo á la vez de si se las había con un desgraciado que empezaba á dar muestras de perturbación mental, ó con un hombre sensato, aunque invadido por meros escrúpulos; pero disimulando sus temores, contestóle resueltamente:

—Ya os tengo dicho, y ahora repito, que el juicio que yo tenía formado del que fué nuestro amigo, era el mismo que formaron todos los que le conocieron, trataron y juzgaron imparcialmente sus dichos y sus hechos.

—Pues vuesa merced, como todo el mundo, estaba completamente equivocado — gritó casi convulso nuestro Bachiller, poniéndose en pie.

—¡Ta, ta, ta!—dijo para sí el Cura,—ya apareció aquello; bien me lo temía.

Hízole sentar de nuevo, dirigiéndole con agrado y dulzura algunas

frases para tranquilizarlo, y estimando oportuno el no contrariarle, dijole:

—Sí; bien puede ser, que no sería la vez primera que un error se mantuviese por largo tiempo y á despecho de la verdad.

—Muy bien dicho, Sr. Pero Pérez. ¡Qué extraño puede ser que por la generalidad se estime y se mantenga la falsa idea de que nuestro Don Quijote fuera un loco, cuando estoy dispuesto, señor mío, á probar á vuesa merced todo lo contrario; esto es, que los faltos de razón, no que perturbados, los que tuvieron ojos y no vieron, los que cerraron y huyeron sus oídos á la verdad, y, en suma, los verdaderos locos fuimos nosotros y cuantos oyeron y trataron á Don Quijote, sin alcanzar á saber quién era él, y muchos burlándose del mismo! No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, decíale ayer vuesa merced á

la sobrina de Don Quijote cuando fuimos á visitarla y ella comenzó á juzgar los actos de su tío. Las grandes ideas, los elevados sentimientos, las morigeradas costumbres nacieron y vivieron á la sombra de aquellas instituciones que ostentaron por lema *mi Dios, mi patria y mi dama*; y la de la andante caballería y demás órdenes anexas transformaron á la sociedad, afianzando la salvadora doctrina del cristianismo. Sólo por este hecho debiera de haber sido más respetado en el día, y no objeto del ludibrio con que se ha mirado por nuestro fútil estado social el aparecimiento de un mantenedor de aquélla, tan lleno de fe, de valor y de constancia por resucitarla, no tan sólo predicando la doctrina, sino también practicándola con sus hechos; y esto, señor Licenciado, por haber alcanzado á ver la necesidad de nuestro tiempo y lo que no han logrado los soberbios,

los envidiosos, los envanecidos y toda esa caterva de ciegos, de farisantes y de hipócritas que han tenido como un loco al que únicamente llegó á ver en mitad de las tinieblas que nos rodean. Nosotros somos los verdaderos fariseos de la edad presente, sin haber recibido el castigo de ser arrojados por el látigo del santo templo de Dios; y hemos triunfado á despecho de las potestades del cielo, para caer por ello en los abismos de la condenación eterna.

Cesó por un instante en su discurso nuestro Bachiller, y el Cura, aprovechando su silencio, dijo, aunque tímidamente:

—Pero, á pesar de lo expuesto por vuesa merced, bien sabéis que la constante lectura de aquellos libros que condenamos fué la causa originaria y principal de la perturbación que sufrió Don Quijote.

—Si tal creí, como en otros días—

dijole Carrasco,—hoy lo rechazo con toda la fuerza de mi convicción. Convengo, sí, en el hecho de la lectura; pero niego las consecuencias. Si por un decreto providencial apareció entre nosotros Don Quijote, no hay que achacarle á esos libros la supuesta perturbación. ¡Qué se diría de la mística escritora y fundadora Teresa de Cepeda! Diríase que la lectura de las muchas obras de nuestros escritores del pasado siglo produjeron la exaltación de su espíritu y la perturbación de su mente; tendríamos que convenir entonces en que todos los santos, predispuestos por la voluntad del cielo, movidos por el ejemplo y estimulados por la sabia doctrina con tanta fe expresada en esa multitud de obras, cuyo mérito no es dable humanamente ensalzar, han sido perturbados en su razón por la lectura de sus libros, hasta el punto de ofrecer el sacrificio de sus vidas

por el mantenimiento de su fe y de su arraigada creencia. No hay, pues, que atribuir á aquellos libros mal alguno, porque de esa suerte todos los libros estarían condenados como promovedores de la pérdida de la razón, cuáles de literatura, cuáles de medicina, cuáles de religión, puesto que no sabemos hasta qué punto puede ser herida por su causa la mente del hombre y sugestionada la fantasía. Forzoso es convenir en que Don Quijote tenía una predisposición ingénita; había recibido del cielo un dón particular, y excitada algún tanto su mente, lo que de ordinario acontece cuando el espíritu domina sobre la materia, por aquella lectura, no llegó á dar su fruto sino á su debido tiempo; porque ni antes, ni después de aquellos días, era la voluntad de Dios que las hojas de ese árbol se movieran.

— Sin embargo — se permitió decir el Cura dudando de su propio

juicio,—la historia escrita de las hazañas de nuestro convecino declara y afirma que de la lectura de aquellos libros le sobrevino el desequilibrio de sus facultades.

—La Historia —expuso Carrasco —es obra de los hombres, y como cosa humana, está sujeta á errores lamentables. ¡Sólo Dios sabe la verdad de las cosas! ¡Cuántos sucesos pasados se han juzgado por los historiadores de distinto modo! Respecto de la historia de que me habláis, mucho me sospecho que se aparte de lo cierto en algunas apreciaciones, por ser su autor un mahometano que, como vuesa merced bien sabe, son por lo común embelesadores y mentirosos.

—Bien puede ser —manifestó el Cura algún tanto reflexivo; — y me inclinó á creer que en gran parte de lo que me habéis dicho no dejáis de llevar razón.

—En todo, señor Licenciado—re-

puso aquél.—¿Y qué le diré á vuesa merced acerca de los grandes propósitos, elevados pensamientos y nobilísimo y cristiano sentir de ese á quien ha dado en llamar loco el insensato vulgo? ¿Qué sentimiento abrigó su pecho que no estuviese de acuerdo con la bondad de la Naturaleza? ¿Qué palabras expresaron sus labios que pudieran ser merecedoras de censuras, motejadas de deshonestas ó contrarias á nuestra fe? ¿Qué nobleza de alma, digna de la mayor admiración, ha podido verse más resplandeciente en esta depravada edad en que vivimos? ¿Pudo darse un amor más casto, un desinterés más elocuente, una caridad más bien sentida, un valor más indomable, una palabra más persuasiva ni una fe más acendrada en todo cuanto se proponía? ¿Qué interés le movió para ejecutar sus actos sino el de hacer el bien? ¿Á qué recompensa aspiraba con toda su alma sino á

la de la gloria? ¿Y cuál fué su mayor anhelo mientras se creyó caballero andante, sino el de satisfacer su conciencia ante su propio juicio, y ver llenados y cumplidos sus deberes á los que por un alto y misterioso decreto del cielo se creía obligado? Y como prueba de esta última verdad, recuerde vuesa merced lo que á Pedro Alonso le dijo cuando en la primera salida éste le condujo á su casa, subido sobre un jumento, y cuando el tal Alonso le decía que ni era Don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, ni él era Baldovinos, ni Abindarráez, á lo que Don Quijote le contestó con estas hoy para mí elocuentes palabras: «Yo sé quién soy» (1). Y como más prueba del conocimiento que de sí mismo tenía y de su inclinación recibida del cielo, recuerde también

(1) Primera parte, cap. v, *Don Quijote de la Mancha*.

vuesa merced cuando platicando Don Quijote con el ama y su sobrina, les dijo: «*Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino más á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte: así que me es forzoso seguir por su camino y por él tengo que ir á pesar de todo el mundo, y será en vano cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea*» (1). Preciso es, señor Pero Pérez, estar dejado de la mano de Dios para creer, perseverar y sostener que Don Quijote sufrió esa perturbación que se le atribuye, cuando el hombre loco es aquel que idea, discurre, se expresa y ejecuta en contra de todo principio de razón y de justicia. Si analizamos todos los pensamientos,

(1) Segunda parte, cap. vi, *Don Quijote de la Mancha*.

todos los discursos y todos los hechos de nuestro amigo que fué, vendremos á convenir en que era un filósofo profundo como Séneca, un eximio moralista como Aristóteles, un legislador modelo como Solón, un justiciero como Aristides, un hombre franco y honrado como Sócrates, y un ejemplo vivo de fe y de constancia como la de nuestros mártires.

Aquí hizo punto de parada nuestro Bachiller, no tanto para tomar aliento cuanto para ordenar las ideas que en tropel asaltaban á su acalorada mente.

Aprovechando el Cura esta parada, aconsejó al Bachiller suspender la conversación hasta la hora de la tarde, retirándose ambos á sus respectivos hogares.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE SE PROSIGUE LA CONVERSACIÓN
ENTRE EL CURA Y EL BACHILLER

LLEGADA la hora de la tarde, volvieron á reunirse Pero Pérez y el Bachiller, para dirigirse al sitio donde se hallaron reunidos aquel mismo día.

A todo esto pensaba y dudaba el Cura si calificar ó no de loco á nuestro Bachiller.

—Rindo toda mi atención á sus palabras—dijo Pero Pérez,—no sólo porque proceden de vuesa merced, sino también por el sumo interés á que mueven. De momento le declaro mi admiración por el profundo estudio á que os habéis entregado; puede vuesa merced proseguir.

—Después de haber sido armado caballero nuestro Don Quijote — continuó Carrasco — de la manera ridícula que la historia refiere y que de ordinario provoca á la risa, sin comprender la generalidad de la gente que para nuestro amigo, aspirante á ser y poderse llamar caballero, lo esencial era la ceremonia, fuera el que fuese el celebrante, la primera coyuntura que se le presentó para cumplir con su profesión fué la de prestar ayuda al menestero é infortunado muchacho Andrés, á quien desaforadamente azotaba un labrador su amo (1). Ya sabemos su intervención en aquel asunto y cómo la historia nos refiere el lamentable fin que tuvo para el desventurado de Andrés. Don Quijote hizo, pues, el bien porque era la encarnación de la bondad y

(1) Primera parte, cap. iv, *Don Quijote de la Mancha*.

no podía menos de practicarlo; pero la malicia desvirtuó ese propósito, torció el camino de la bondad misma. Y esto no es nada nuevo en la vida, porque las leyes son buenas en sí, mas la perversidad de los hombres las tuerce y las amolda al deseo, al capricho ó al interés, según los casos, quedando triunfador el poderoso y arrogante, y perjudicado el pobre y el humilde, á pesar de asistirle el derecho, la razón y la justicia. Seguidamente, y satisfecho de su primera obra, creyó oportuno rendir un homenaje al recuerdo de su dama, pretendiendo que los cuatro mercaderes toledanos confesasen que no había en el mundo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso (1), y ya sabemos lo que

(1) Primera parte, cap. iv, *Don Quijote de la Mancha*.

le aconteció y cuál quedó en aquel encuentro. Pero, bien considerado, la proposición hecha á los mercaderes ni era una necia pretensión ni mucho menos una arrogancia. Don Quijote imitaba á sus grandes modelos, y aparte de ello sentíase impulsado por la creencia y la fe que abrigaba acerca de una verdad para él innegable, y á la manera de todo creyente católico y fervoroso, no le bastaba su propio convencimiento, sino que deseaba que todo el mundo sintiese aquella verdad, la declarara y confesase. Véase en qué forma se expresó cuando aquellos mercaderes llegaron á trecho que se pudieron ver y oír: «*Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso*»; y como ciertas verdades en punto de fe hay que creerlas, sin que medien los sentidos corpo-

rales, dijo á los mercaderes, cuando uno de ellos le pedía que les mostrara aquella buena señora á quien no conocían: «*Si os la mostrara, ¿qué hiciéradéis vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.*» En todos los tiempos y en todas las sociedades se ha visto imperando ese principio de la fe, puesto que sin ella no puede darse verdad firme y segura, arrastrando á los hombres hasta ofrecer los mayores sacrificios por el mantenimiento de una idea que brota del entendimiento, se asienta en el corazón y se percibe claramente con los ojos del alma. Pasados algunos días y provisto de un escudero, nuestro pobre amigo Sancho, hizo su segunda salida, llevando á cabo la aventura de los molinos de viento, que, según la historia, á él le pa-

recieron desaforados gigantes (1).

Sonrióse el Cura, aunque con gran disimulo, y se dijo para sí: «Veamos qué ha pensado sobre ello.»

—Cualquiera que preste un poco de atención — prosiguió el Bachiller—acerca de este pasaje, no podrá menos de venir en conocimiento de una verdad incontrastable. A Don Quijote le constaba y él bien sabía cuál era el estado de nuestra sociedad, pues recordará vuesa merced que en las varias conversaciones que con él mantuve en unión del barbero maese Nicolás, nos decía que *la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes*», y que vuesa merced, ya contradiciéndole, ya concediendo, llegaba á averiguarse con él.

—Sí—dijo el Cura, —recuérdolo perfectamente.

(1) Primera parte, cap. VIII, *Don Quijote de la Mancha*.

—Pues bien — siguió Carrasco;— esos gigantes que le parecieron ser los molinos, fueron para Don Quijote una representación de los tiranos, de los soberbios, de los arrogantes, de los poderosos, que esparcidos sobre el mundo tiranizan, oprimen, desbastan y someten á su capricho, con sólo el poder de la fuerza y jamás con el de la persuasión, á sus pueblos y vasallos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, asumiendo todas las potestades sobre la tierra y sometiendo bajo su imperio á todas las clases de la sociedad. Esos eran los enemigos contra quienes dirigió su lanza, enemigos verdaderos de Dios y de los hombres, y para él era esta buena guerra, y le parecía que era gran servicio de Dios, como le dijo á Sancho, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

Admirábase el Cura de la interpretación dada por su amigo á cada

una de las aventuras de Don Quijote, y creyó oportuno preguntarle, como para estrecharlo á que se rindiese ante una apreciación falsa, acerca de la descripción de los ejércitos, que tales á Don Quijote le parecieron, siendo en realidad manadas de ovejas y carneros (1).

—Acerca de ese suceso—dijo el Bachiller,—que resultó ser para nuestro amigo una de sus más famosas aventuras, no hay más que desentrañar su propia naturaleza para comprenderlo.

—Dígame, pues—replicó el Cura,—porque, en verdad, no alcanzo á comprenderlo tan fácilmente.

—Sí, señor Licenciado — dijole aquél,— la guerra, esa malhadada antítesis de la paz bendita; esa condenación á que todos los seres están sujetos; ese elemento que bien pue-

(1) Primera parte, cap. xvii, *Don Quijote de la Mancha*.

de llamársele el quinto de la naturaleza, del que han surgido esplendurosos y temidos rayos, como Alejandro, César, Aníbal, Bayaceto, Escipión y otros muchos; esa perniciosa lucha eterna, mantenida por los hombres desde los comienzos de la humanidad; la guerra, la maléfica idea del exterminio en su principio, en su medio y en su fin; los fútiles motivos que á veces las ocasionan; los intereses encontrados entre los pueblos; las ideas ó creencias religiosas en que respectivamente se mantienen; la avaricia de los reyes por ensanchar sus dominios; el acometimiento injusto de los fuertes y la legítima defensa de los débiles; el estímulo del botín y del saqueo, y muy rara vez, la grande y gloriosa idea de la reconquista, han impulsado á los que debieran mirarse como hermanos al aniquilamiento y á la destrucción de sus semejantes. Nada más natural ni

más propio pudo habersele ocurrido á un hombre armas, y que, como él decía, había nacido bajo el influjo del planeta Marte, que pensar, creer y sostener el concepto de la existencia de los dos ejércitos. Sugerida la idea, todo lo demás lo entendió, lo vió y lo explicó como en la historia se cuenta. Si hubiera sido un hombre de letras profanas ó divinas, al observar aquellas muchedumbres que bien pronto supo distinguir, se hubiera imaginado que se trataba de un Congreso, de unas Cortes ó de un Concilio, y ¡Dios sabe lo que hubiera visto y descrito! Pero su profesión le obligó á volver la vista hacia donde su propia inclinación lo arrastraba. Además nuestro Don Quijote era y se reconocía un verdadero cristiano, lleno de la más ardiente fe que define nuestra Santa Iglesia, y por ello se prestó á ofrecerle su protección y apoyo al Rey cristiano, sólo por serlo, sin pa-

rarse á considerar si el motivo de la gran batalla que creía próxima á librarse era de mayor ó de menor importancia: bastóle creer que allí y en aquel momento debía cumplir con sus deberes como caballero y como cristiano.

—Sin embargo, y á pesar de todo eso—dijole el Cura,—aún tengo mis dudas, si bien voy comprendiendo ese estudio exegético que habéis hecho de las empresas acometidas por Don Quijote.

—Desconozco las razones en que vuesa merced pueda fundar esas dudas — expúsole Carrasco; — mas para robustecer la interpretación que acabo de dar á esta aventura, considere, señor Licenciado, que esa descripción en boca de Don Quijote era una sublime parábola: la guerra, vuélvole á decir; pero la guerra en absoluto. Basta fijarse en la enumeración de las gentes y pueblos indicados para llegar á esta

verdad. Allí figuran con sus respectivos atributos Numidas, Persas, Partos, Medos, Arabes, Citas, Etiopes y otras infinitas naciones comprendidas en el primer escuadrón, como refiriéndose á pueblos antiguos, incluyendo en el otro á los oriundos de las diferentes provincias de nuestra España, en primer término, pasando después á enumerar cuantos pueblos toda la Europa en sí contiene y encierra.

—Sí, sí, quiero comprender—manifestóle el Cura, dispuesto á no contrariarle;—pero abrigo aún mayores dudas acerca de otros sucesos de que no me habéis hablado.

—Dispuesto me hallo para disiparlas—le expresó el Bachiller;—puede vuesa merced exponerlas.

—No ahora—dijole el Cura levantándose—porque ya es bien entrada la noche, y debemos volver á nuestro lugar, sin perjuicio de que mañana continuemos tan interesante

diálogo, pues bien observo que hay mucho de que hablar hasta venir á ocuparnos de lo que á vuesa merced toca y se refiere.

Mostróse en ello conforme nuestro Bachiller, y tratando ambos durante el camino de varios asuntos de escasa importancia, llegaron al lugar, en donde se separaron para dirigirse cada cual á su casa respectiva.

CAPÍTULO VII

QUE TRATA DE VARIOS SUCESOS
DE LOS CUALES CONOCERÁ EL CURIOSO LECTOR

No bien hubo entrado el Cura en la suya, dejóse caer sobre un ancho sillón de cuero, arrojando antes sobre la mesa de su despacho el bastón y sombrero de su uso. «¡Válame Dios! — exclamó — ¿He de ser tan desdichada criatura que tenga de entender de nuevo con otro infortunado amigo, herido por las mismas armas del alucinamiento y del desvarío? ¿Ha de ser esta pobre aldea manantial inagotable, fuente perpetua de esos desventurados seres de quienes huyen la razón y el buen sentido? ¿Qué mal-

dición es ésta que pesa sobre la Mancha? ¿Qué pecados cometió este pueblo para padecer de un mal que va convirtiéndose en pestilencia? ¿Y qué medios para librarse de él? ¡Oh, Dios de bondad! ¡Temo vuestras iras, pero me acojo á vuestra infinita misericordia! Al paso que vamos, ¿qué será de todos nosotros; qué de mí mismo? Ayer Don Quijote; hoy el Bachiller; quizás mañana tóqueme ser un desgraciado más de los faltos de razón, y ¡quién sabe cuál pueda ser la causa y el grado de mi desvarío! ¡Señor, Señor!—decía mirando al santo crucifijo colocado sobre su mesa—¡iluminad este mi pobre entendimiento, amenazado por la confusión! ¡Alentad este mi espíritu, que siéntolo desfallecer! ¡Alzome, Señor, hasta tu infinita sabiduría para que ella sea la que encamine mis pasos por el sendero de la verdad!»

Levantóse del sillón que ocupaba,

y, con grande agitación, comenzó á pasearse por el aposento. «Sí—decía,—seguramente el Bachiller está perturbado. No son escrúpulos; no es.....» y no se atrevía á pronunciar el concepto. «Pero.....» é interrumpía su agitado paseo, quedándose reflexivo. «No—prosiguió,—no seré yo quien osado, quizás temerariamente, aventure un juicio que pueda ser equivocado. La manera de expresarse; las poderosas razones en que funda su parecer; su convicción, y, sobre todo, las verdades que acaban de brotar de sus labios..... Nada, nada.....» y volvió á su paseo. «Don Quijote no era un loco, y, sin embargo, todo el mundo así lo calificaba. Pero, como decía muy bien el Bachiller, ¿no puede estar equivocado todo ese mundo? ¡Oh duda, duda terrible que siempre ha de ser la causa de tantos males, haciendo perder al hombre el camino verdadero de la vida!

No, no (exclamaba resueltamente); huye, apártate de mí, que sólo en Dios confío y Él me mostrará la verdad.»

Recogióse el Cura buscando en el sueño su perdida tranquilidad. A la mañana siguiente llegóse el ama á la puerta de su cuarto, exclamando:

—Señor Cura, señor Cura, acaba de llegar un forastero á la puerta de la casa y pregunta por vuesa merced.

—Haced que éntre — dijole el Cura; y sentándose en su ancho sillón, esperó la entrada de aquél.

Llamaron muy en breve á la puerta del aposento, y «¡adelante!» exclamó, presentándosele un gallardo mancebo, cuya fisonomía y porte no le parecieron desconocidos.

—Vuesa merced hará memoria de quién soy — dijole éste — cuando le recuerde que no ha mucho tiempo recibí el honor de comer en su misma mesa, después de haber cum-

plido la misión que por primera vez me obligó á venir á este lugar y cerca de Teresa Panza, para hacerle entrega de una carta y varios presentes que para ella enviaba mi señora la Duquesa desde el castillo en donde estuvo alojado por algunos días el caballero Don Quijote de la Mancha.

—Sí, sí—exclamó el Cura;—doy á vuesa merced la bienvenida, y deseo me digáis cuál es el objeto de vuestra llegada.

Hízole sentar cerca de él, esperando su contestación.

—Nadie mejor que esta carta—dijo aquél, poniéndola en manos del Cura—podrá explicarle el objeto de mi venida.

—Bien, bien—expuso el Licenciado, recibiendo y abriendo la carta, que decía así:

«Las nuevas tristísimas, Sr. Pero Pérez, que han llegado hasta este castillo, del fallecimiento del que fué

nuestro admirado y excelente amigo Don Quijote de la Mancha, han herido profundamente mi corazón, como el de mi señora la Duquesa. Si algo puede servir de alivio y de consuelo á nuestra pena y sentimiento, es ver realizado nuestro propósito, que no es otro sino el de visitar esa aldea que fué su cuna y es la morada en donde hoy yacen los restos de tan ínclito como renombrado caballero. Siendo llegado el tiempo de regresar á la corte después de mi permanencia en este castillo, deseamos vivamente la Duquesa y yo visitar la tumba de nuestro amigo antes de volvernos á aquélla. Ruego á vuesa merced, pues, que sin acuitarse demasiado, disponga lo que estime oportuno para nuestra permanencia, por sólo dos días, en ese lugar. Dios guarde á vuesa merced y á mí no me olvide. De este castillo á 13 de Octubre de 1614.—*El Duque.*»

Atónito, no que sorprendido, quedó nuestro Licenciado á la lectura de esa carta que tan estupenda nueva le comunicaba. Levantóse, y dando muestras de la mayor inquietud, comenzó á decir:

—¡Imposible! ¡Esto no puede ser! ¡Sus excelencias aquí, en este miserable lugar, donde de todo se carece! ¿Este es un sueño ó yo he leído mal?

—Cálmese vuesa merced—dijole el paje,—y recuerde el encargo que su excelencia le hace de que no se acuete demasiado.

—No, no—exclamaba el Cura.— ¡Pues qué! ¿es acaso un grano de anís la presencia de tan excelsos señores en este lugar de la Mancha, tan pobre de recursos que sólo los que moramos en él podemos conllevar la vida á fuerza de la costumbre? ¿En dónde acomodarlos? ¿Qué podemos ofrecerles? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué apuro! ¡Qué conflicto!

—No se inquiete vuesa merced por ello—díjole el paje.—Mis señores son muy llanos y saben acomodarse á las circunstancias. Demasiado conocen que una aldea no es la corte, y les bastará lo muy necesario, siempre que logren ver cumplidos sus gustos y deseos. Ellos traerán sus servidores, y no acostumbran á viajar sin su correspondiente repuesto y abastecimiento.

—Eso me tranquiliza algún tanto—manifestó el Cura;—pero lo más importante es el alojamiento. ¿Dónde, dónde acomodarlos convenientemente?

Angustiado estaba Pero Pérez, y sin atender á las observaciones que el paje le dirigía, cuando se presentó en la puerta del aposento el barbero maese Nicolás, y al verlo el Cura,

—¡Ah!—exclamó.—Llegáis á tiempo. Sí, venid; seréis mi salvación; sólo, después de Dios, en vos confío.

—Pero ¿qué es ello?—dijo aquél,

observando la presencia del paje.—
¿Qué ocurre á vuesa merced?

—Pues ahí es nada—contestóle el Cura:—sus Excelencias los Duques, que tanto agasajaron en su castillo á nuestro Don Quijote, vienen á visitarnos; han salido ya de aquél; vienen de camino; ¡qué digo!, ya están ahí.

—No tan de prisa, señor Cura—dijo el paje, sonriendo al observar la vehemencia y exaltación con que aquél se expresaba, creyendo estar viendo ya la entrada de los Duques en el lugar.—Calme su espíritu, y sepa que los señores aún no han salido de su castillo; no anticipe los acontecimientos, que éstos se realizarán á su tiempo debido.

—Bien, sí; pero de toda suerte, ved, maese Nicolás, cuál es nuestro conflicto; porque, sobre todo, ¿dónde hallar un digno alojamiento ó algún tanto decoroso para tan excel-sas personas?

—Es mucha verdad—contestó el barbero;—mas con todo, me ofrezco á vuesa merced para ayudarle en cuanto yo pueda.

—Agradecido le quedo por sus ofrecimientos; pero decidme, ¿á qué es debida su visita en este momento?

—Venía á decirle que habiéndome preguntado un forastero, que hallé casualmente en la calle, dónde vivía vuesa merced, dijele que á la iglesia; y como me rogara que lo acompañase, ahí está esperando en la puerta de la casa; porque, según él dice, trae para vuesa merced una carta procedente de Andalucía.

—¿Otra carta y de Andalucía?—dijo el Cura.—A ver, á ver; que pase adelante.

Hizo entrar el barbero al de la carta, que también era un apuesto y gentil mozo, el cual, bajando la cabeza como respetuoso saludo, depositó en manos del Cura un pliego cerrado y sellado, diciéndole:

—Beso á vuesa merced la mano, y le ruego que enterado del contenido de esa carta, se sirva de contestarla á la brevedad posible, porque me es forzoso regresar hoy mismo para Osuna, en donde mis señores, á quienes sirvo, esperan vuestra contestación.

—¡Qué será ello!—dijo para sí el Cura.

Rompió la nema y comenzó á leer con disimulada tranquilidad, hasta llegar á su fin.

Enterado de su contenido, volvióse hacia maese Nicolás, diciéndole:

—Hé aquí lo que el Sr. D. Fernando me participa:

«Sabedor, Sr. Pero Pérez, del fallecimiento de nuestro excelente amigo que fué Don Quijote de la Mancha, enviamos mi señora Dorotea y yo nuestro más sentido pésame á la familia de aquél, rogándole se sirva ser intérprete de nuestro profundo dolor.

»Remito á vuesa merced esos mil escudos, para que se sirva de distribuirlos entre los pobres de ese lugar, sea cual fuere su condición y clase, pues hubo quien dijo de la pobreza que era «dádiva santa desagradecida».

»Dios guarde á vuesa merced muchos años. Osuna 11 de Octubre de 1614.—*D. Fernando.*»

Dirigiéndose á los pajes rogóles que permanecieran en su misma casa hasta la hora de su regreso.

—¡Dios sea loado—exclamó el barbero,—y bendiga una y mil veces á mi señor D. Fernando!

Despidióse maese Nicolás, para emprender desde luego sus gestiones en busca de un aceptable alojamiento para sus Excelencias, y alborotar á su vez con tales noticias á los vecinos del lugar, movido por el natural deseo que en todos los de su clase se marca de ser entremetidos y habladores en sumo grado y dis-

púsose el cura Pero Pérez á contestar las cartas entregadas por los pajes, y éstos á dar un paseo por las inmediaciones del lugar.

CAPÍTULO VIII

DE LA CONVERSACIÓN HABIDA ENTRE
LOS DOS PAJES RECIÉN LLEGADOS Á LA ALDEA

MIENTRAS escribía Pero Pérez las dos cartas, en contestación á las recibidas del Duque y de D. Fernando, refiere la Historia el diálogo mantenido entre los dos pajes recién llegados al lugar, en el cual díjole el de D. Fernando al del Duque:

—No poco trabajo me ha costado, señor mío, llegar á esta aldea; y á no haber sido por un milagro, no hubiera logrado entrar en ella.

—¿Y puede decirme vuesa merced—repuso el otro de los pajes—cómo habéis dado con este lugar?

—Sí puedo—contestóle el paje de

D. Fernando;—y ello fué haberme hallado en el camino con un mozallete que conducía sobre una bestia varias mercancías que le había encargado el Cura de su lugar. Y como el tal muchacho era muy conocedor de aquellos caminos, hablóme del señor cura Pero Pérez, y yo, imaginándome que este señor Cura tenía que ser el que debía de recibir la carta y el encargo que mis amos le dirigían, no vacilé en dejarme guiar por aquel muchacho, hasta llegar á esta aldea, donde hallé felizmente el término de mi viaje.

—Pues bien parece—replicó el paje de los Duques—que se asemeja vuestra llegada á la que yo efectué la vez primera que vine á esta aldea por orden de los señores Duques, los cuales intentan, según me presumo, venir á ella pasados unos cuantos días.

—Mucho se alegrarían mis señores—repuso el paje de D. Fernando

—de hallarse en este lugar á la vez que vuestros amos, porque, según tengo entendido, gustaría sobremañera de conocer y tratar á sus Excelencias, por tener conocimiento de que fué muy grande la amistad que sintieron por el expresado caballero andante, amistad, si bien sentida por mis señores amos, no tan bien expresada como por los señores Duques.

—¿Pero desconocéis la causa—repuso el paje del Duque—que impida á D. Fernando y á D.^a Dorotea llegar á esta aldea, en ocasión del fallecimiento de Don Quijote?

—Sólo puede ser la causa—replicó el otro paje—el estado excepcional en que se halla la señora.

—Bien debe ser esto así—expresó el paje de los Duques;—porque, según tengo entendido, muchos disgustos y ansiedades sufrió la señora D.^a Dorotea para lograr el supremo bien de que disfruta; como no fue-

ron menos las penalidades que conllevaron un tal Cardenio y la que después fué su esposa, llamada Lucinda, por haber sentido por ésta el referido D. Fernando una pasión momentánea que borraron de su pecho los hidalgos sentimientos de su noble cuna. Pero poco afecto soy de conocer y de indagar vidas ajenas; y así no me entremeto ni procuro averiguar lo que nada me importa; cada cual mire por sí, y la gracia de Dios no nos abandone en ningún momento de nuestra vida.

—Bien me ha parecido, señor mío —dijo el paje de D. Fernando,—que no os habéis visto ni entendido cual yo en casos demasiado originales; y digo esto, porque viene á la memoria mía cierto lance ocurrido en Andalucía; y en el cual me hallé, por haber perseguido unos pajes y servidores á un mancebo, disfrazado de mozo de mulas, hijo de una gran y principal familia. Este mancebo es-

taba enamorado de la única hija de cierto Oidor que marchaba para las Indias; ¡y vaya si cantaba á maravilla el tal mancebo cierta canción, que empezaba de esta suerte:

Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar á puerto alguno,

causando la admiración de todos cuantos le escuchaban! Y de todo esto tuve conocimiento cuando yo comencé á servir á mi señor D. Fernando; el cual estaba por entonces enamorado de una señora que después casó con yo no sé quién, y mi señor lo hizo con mi señora D.^a Dorothea. Verdad que en Andalucía los lances de amor llevan otro camino que las pesadas y mal cristianas bromas aragonesas.

—Vaya, señor mío—exclamó el paje de los Duques,—no sé cómo calificáis de broma andaluza el colgar de una ventana á un hombre su-

jeto por la muñeca; broma que efectuaron dos mozas al servicio de una venta, con el caballero Don Quijote de la Mancha; y cuente vuesa merced que si las bromas dadas por los hombres se pueden calificar contrarias á nuestra santa Religión, no sé cuál concepto merecerán las realizadas por las referidas mozas de la venta; porque al fin la delicadeza y el sentimiento se muestran más en las mujeres que en los hombres.

—Eso debió de haber sido así— replicó el otro de los pajes,—cuando la señora Duquesa no se opuso enérgicamente á la cencerrada gatuna que en su mismo palacio le dieron á Don Quijote cierta noche, cuando cantaba al són de una vihuela, recibiendo tantos mordiscos y arañazos en el rostro, que le tuvieron recogido y en cama por espacio de cinco días. ¡Y yaya si son ligeras y graciosas las bromas aragonesas!

—Vamos, amigo—manifestó el

paje de los Duques,—que en Andalucía el manteamiento de Sancho fué una bromita algo más que pesada, en el cual intervinieron cuatro perayles de Segovia, tres agujeros de Córdoba y dos vecinos de la herria de Sevilla, sin que el ventero dejara de tomar parte en la broma.

—Broma ligera—dijo el otro de los pajes,—la usada en el Aragón, como fué el prenderle fuego por bajo de la cola al caballo Clavileño, que estaba cargado de cohetes voladores y salir éste volando por los aires, cuando montaban en él Don Quijote y Sancho con los ojos vendados, cayendo éstos desde una gran altura, que bien pudieron romperse el cuerpo y el alma. Y no quiero recordar las angustias que sufrió el pobre de Sancho la última noche de su gobierno en la Insula Barataria, cuando el supuesto asalto de la Insula, broma en la que sube de punto la caridad cristiana de los aragone-

ses; y recuérdelo quien hiciere memoria de aquel lance. ¡Bien por las gracias aragonesas!

—Muchas y grandes cosas pudiera decir á vuesa merced—dijo el otro paje de los Duques;—pero dejemos esta conversación por cuanto nos pueda convenir, y veamos de hacer los preparativos de nuestra marcha.

Dirigiéronse los pajes á casa del cura Pero Pérez, para recibir la contestación que habían de llevar á sus amos respectivos.

CAPÍTULO IX

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL CURA PERO PÉREZ,
SANCHO PANZA, TERESA Y SANCHICA

DESPUÉS de haberles hecho entrega el cura Pero Pérez á los pajes recién llegados á la aldea de las cartas que habrían de entregar á sus amos respectivos, trató de descansar un breve rato, para después coordinar mejor sus ideas; mas no pudiendo conciliar el sueño, se decidió por salir de su casa para ir á visitar á Sancho y ver si, atendido su estado, podría anunciarle la próxima llegada de los excelsos huéspedes que habían de honrar aquella aldea y la causa de su viaje.

Hallóle incorporado en su lecho, con alegre semblante y administrándose un muy respetable tazón, y no de agua de achicoria, contraviniendo á lo dispuesto por el médico, que le había ordenado un alimento prudencial; pero él le decía á su mujer que la dieta exagerada ya la había experimentado cuando fué Gobernador, maldiciendo aún todavía del Dr. Pedro Recio de Agüero siempre que tal nombre y el recuerdo de lo que sufrió por su asistencia le venían á la memoria; que él se hallaba bien y que su mayor deseo era el de abandonar aquella cama, que entonces le enojaba tanto como la echó de menos muchas veces cuando se anduvo por aquellos andurriales de marras.

—¡Bien, bien!—dijole el Cura al verlo. — Buen semblante y buena disposición. ¡Ya veréis cuán presto os vuelve la salud que todos os deseamos!

—Agradezco á vuesa merced, señor Cura—dijo Sancho,—sus palabras y deseos, como también los cuidados que me ha prodigado durante estos días, y no tengo para corresponderlos otra cosa que un buen cariño y una buena voluntad para servirle mientras me dure la vida.

—Vuestra lealtad, Sancho amigo, como vuestro afecto y buena voluntad, son sus mayores tesoros, que muchos debieran de envidiarle, si bien nadie podrá arrebatárselos. Pero dejemos esta plática para comunicarle una noticia que bien creo será de su agrado.

—Diga, pues, vuesa merced—díjole Sancho,—y le prometo que si la nueva es alegre, haré que mi oís-lo, aquí presente, mate una gallina blanca; que si fuere triste, ordenaré que sea la más negra de nuestro corral.

Rióse el Cura de la ocurrencia de

Sancho, y más aún cuando le oyó decir á Teresa Panza:

—Debe de ser buena esa noticia, marido mío, porque, anticipándome á vuestro deseo, y como anunciándomela el corazón, desplumé esta mañana la más blanca de cuantas llegué á ver.

—Bien lo creo así—manifestóle Sancho,—porque súpome más á rica leche que á sustancia de gallina lo que me habéis administrado; ¡tal sería de blanca la de que habláis! Pero adelante, señor Cura, que si es presagio de mi mujer, buena ha de ser.

—Dejaos de burlas—replicó Teresa, apartando el tazón que aquél había consumido,—que muchas veces.....

Interrumpióle Sancho diciendo:

—Soléis dar en la herradura en vez de dar en el clavo.

—Me conformo con vuestras cosas, marido, porque al fin veo, y me

alegro mucho, que volvéis á ser el Sancho de antaño. Venga esa noticia, señor Cura, que ya la espero con impaciencia.

—Pues bien, sépanlo de una vez —dijo éste:—acabo de recibir una carta de los Duques anunciándome su visita á este lugar y por sólo dos días.

Abrió Sancho los ojos desmesuradamente, y queriendo arrojarse de la cama, exclamó:

—¡Cómo! ¡Cómo es eso! ¿Los Duques aquí? ¡Teresa! ¡Sanchica!—gritó.—¡Vengan mis mejores ropas! ¡Aderezad al rucio con sus más lucidas galas! ¡Venid, venid todos conmigo á recibir á Sus Excelencias!

—Poco á poco, amigo Sancho—dijole el Cura conteniéndolo;—los Duques no han salido aún de su castillo ni se hallan en camino; sólo me anuncian su pensamiento y deseo de venir á este lugar.

—Ya, ya—dijo Sancho más tranquilo;—preparémonos entonces para cuando ello sea. ¡Con cuánto placer y pena, bien lo sabe Dios, he de volver á verlos!—exclamó, enjugando sus ojos preñados de lágrimas.

Y volviéndose hacia su mujer, díjole en extremo compungido:

—¡Teresa, Teresa mía! ¿Has oído? ¿Será verdad tamaña ventura?

—Y ¿por qué no había de serlo, Sancho de mi alma?—exclamó Teresa, mostrando la mayor alegría.— ¡Oh, qué dicha tan inesperada! ¿La Duquesa aquí? ¿Será posible que venga á visitarme mi amiga la Duquesa, como en su carta me llamaba? ¡Cuánto placer para mí! ¡Cuánta no será la envidia de las señoronas empingorotadas de este lugar cuando me vean con la Duquesa y al lado de la Duquesa y en el coche de la Duquesa! ¡Ay! ¡Con cuánto gusto quisiera hoy verme Condesa para honrarla más y más con mi grandeza

y mi título! ¿Lo ves, Sancho mío? Hoy te pesará en el alma el haber dejado tan presto aquel Gobierno, del que hubieras obtenido, como de ordinario suele acontecer, honores, títulos y dineros; pero, en fin, no perdonaré á quien deje de llamarme delante de Sus Excelencias la señora Gobernadora, con el vuestra señoría correspondiente.

Sonreíase el bueno de Sancho y admirábase el Cura al escuchar á Teresa, y decíase para sí: «¡Siempre la misma! Por nada trocaría sus ilusiones, aunque se lo pidieran frailes descalzos.»

—Ahora bien—dijoles,—ya que sabéis lo que ocurre, preciso se hace que todos nos unamos á maese Nicolás, el barbero, que ya estará informándose para ver de conseguir el mejor alojamiento posible para tales personajes.

—¡Cómo! Aquí, en mi casa—dijo Sancho.

—No, amigo mío—díjole el Cura, —eso no es posible; por más que ello implica un buen deseo, no deja de ser un completo desacierto. Vos, que conocéis mejor que todos nosotros las grandezas á que están acostumbrados esos señores, ¿os atreveríais á ofrecerles las miserias de vuestro hogar?

—Sí, sí, tenéis razón—dijo Sancho;—pero, entonces, ¿dónde hallar aquí, en esta aldea, alojamiento digno de los Duques?

—Dejemos al cuidado de nuestro barbero—expuso el Cura—semejante negocio.

—¡En buenas manos está el pandero, que lo sabrá bien tañer!—dijo Sanchica, la que hasta entonces no había pronunciado palabra alguna, enmudecida de puro gozo.—Pero, señor Cura, ¿quién ha sido el portador de esa carta que tales y tan alegres nuevas comunica?

Á lo que el Cura le contestó:

—¿Quién mejor habría de ser sino el mismo paje de los señores Duques que trajo para vuestra madre la primera carta y aquella sarta de corales?

—¡Ay, madre!—exclamó Sanchica.—¡Dejadme ir á verlo; yo quiero verlo!

—¡Calla, hija!—díjole Teresa.—No es bien que una muchacha de tu edad se permita tamaña desenvoltura; además, considera que eres hija de uno que fué Gobernador, y cual el tiempo, cual el tiento, cada uno ocupe su sitio y Dios nos mire á todos con buenos ojos.

Despidióse el Cura de la familia de Sancho y fuese á su casa para esperar la hora de la tarde.

CAPÍTULO X

DE LA NUEVA ENTREVISTA HABIDA ENTRE
EL CURA Y EL BACHILLER, É INTERVEN-
CIÓN EN ELLA DE MAESE NICOLÁS EL BAR-
BERO.

SI muchas penas angustiaban el corazón de nuestro Licenciado al recordar las que sufría su amigo el Bachiller, vinieron á aumentárselas las dos cartas recibidas, y cuya contestación iba ya de camino.

Llegó la hora de la tarde, y sin dejar de bullir en su mente el asunto de los Duques, que vino á desvanecer el que al Bachiller se refería, vióse sorprendido por la llegada de éste, diciéndole:

—Hora es ya, señor Licenciado, de emprender nuestro paseo y de continuar la conversación pendiente; porque cada una que pasa lo es para mí de sufrimiento y de pena, y me he propuesto fijar precisamente los hechos para venir á una solución definitiva.

—Paréceme, señor Bachiller—dijo el Cura,—que bien pudiéramos dejar en suspenso hasta otro día el continuar tratando de vuestro asunto, aunque me apena tanto como á vuesa merced este aplazamiento; y débese ello á hallarme sumamente preocupado con motivo de esta carta que hoy mismo he recibido: puede vuesa merced leerla, porque no es justo que ignore lo que en breve habrá de saber.

Tomó el Bachiller la carta que el Cura le ofrecía y leyóla muy despacio, como meditando y procurando penetrar el doble sentido que pudiera aquélla envolver; separó su

vista de la carta para fijarla en la del Cura atentamente y de una manera inquisitorial. Inquietóse el Licenciado ante aquella penetrante mirada, lo cual vino á acrecentar la malicia y sospecha que invadieren el ánimo del Bachiller.

—Vaya, señor Licenciado—dijole Carrasco con cierta sorna,—que es bastante original el contenido de esta carta, y bien presumo lo que no me podéis negar, que á la vez de ésta, otra habréis recibido.—Vaya, vaya—continuó sonriendo y golpeando suavemente el hombro del Licenciado,—sed franco conmigo y no me ocultéis lo que pueda interesarme.

Dudó el Cura por un instante sin comprender el verdadero sentido de aquellas palabras; pero creyendo que también debía comunicarle la carta de D. Fernando, y pareciéndole que á ella pudiera referirse, díjole:

—En efecto, no lo puedo negar; y ¿qué interés sería el mío en ocultarlo? Sí, he recibido otra.

—No podía menos de ser así—contestóle Carrasco;—y en ella le explicará el Duque reservadamente á vuesa merced el verdadero motivo que le impulsa á venir á este lugar.

—Pero ¿qué me estáis diciendo, amigo mío?—exclamó el Cura.

—Dígole á vuesa merced—contestó Carrasco—lo que yo bien me presumía: el Duque habrá sabido la muerte de Don Quijote, ocasionada por haberle yo vencido, y, como amigo íntimo que fué de él, se dispone á venir á este lugar, y ¿sabéis para qué?

—Bien claro lo expresa su carta—dijole el Cura.

—Nada de eso, señor Licenciado—se apresuró á manifestarle el Bachiller;—viene á vengar la muerte de Alonso Quixano; y como sabe

muy bien que ha de hallarme en esta aldea, viene derechamente en busca mía; porque yo fui el matador de Don Quijote.

—¡Santa María! Callad, callad, amigo Bachiller; mirad bien lo que decís, que el señor Duque no piensa en desafiar, ni vuesa merced está en el caso de guardarse de él. ¡Válgame el cielo, y qué pensamientos tan originales le ocurren!

—Nada, nada, no—gritó Carrasco;—seguro estoy, señor Cura, de lo que le acabo de expresar; y así me dispongo y me apercibiré para recibir á su Excelencia, que ¡voto á mil rayos! de hombre á hombre no va nada, si bien reconozco llevar en contra mía mi propia conciencia que me arguye, y que al Duque le asisten la razón y la justicia. ¡Quizás logre con la muerte que me amenaza la tranquilidad que deseo!

Apenas podía creer el Cura lo que estaba oyendo, ni sabía de qué me-

dio valerse para averiguarse con su amigo, en vista de la tenacidad con que aseguraba y porfiaba, dudando si contrariarle enérgicamente por tan raro pensamiento, ó avenirse en parte con él para templar su exaltación; pero la oportuna llegada de maese Nicolás vino á despejar aquel nublado de inquietudes que sobresaltaba el ánimo del Cura. Disimulando éste su alteración, díjole á aquél:

—Y bien, maese Nicolás, ¿son buenas ó malas nuevas las que me traéis? Supongo que no habréis perdido el tiempo.

—Algo se ha hecho—contestó el Barbero, —pero nos hallamos aún muy distantes de nuestro propósito. Las mejores viviendas que he examinado no satisfacen ni con mucho; sólo cifro mis esperanzas en conseguir lo que por mediación de nuestro amigo el Bachiller puede lograrse, y celebro que se halle pre-

sente para que nos diga si podemos ó no contar con él.

—Sepamos de qué se trata—dijo éste.

—El señor Cura—prosiguió el Barbero—habrá comunicado á vuesa merced que los señores Duques piensan venir á esta aldea para visitar la tumba de Don Quijote.

—Sí, sí—díjole el Bachiller, sonriéndose,—ése es el pretexto, adelante.

—¡Cómo el pretexto!—replicó sorprendido maese Nicolás.—¿Qué otra razón pudiera mover á su Excelencia para emprender tan enojoso viaje y sufrir las molestias que le esperan?

—Yo bien me sé la razón—dijole Carrasco con energía,—y punto redondo.

Miró el Barbero al Cura, y observó que éste le hacía del ojo con gran disimulo; y comprendiendo que no

debía proseguir interrogando, se limitó á decir:

—Ahora bien; comprometido con el señor Cura á buscar el mejor alojamiento para tan encumbradas personas, y empezadas mis gestiones, no he logrado hasta ahora más que el haber sabido que D. García de Torres, nuestro hidalgo y rico vecino, ha marchado para la vendimia á sus posesiones de Villarrubia.

—Sí, ya comprendo —exclamó el Cura, —y mediando su permiso nos podía ceder su casa por tan breves días. ¡Albricias, maese Nicolás! Esa casa no es un palacio, pero, en fin, quedarían satisfechos mis deseos si tal se consiguiera.

—Mas para ello —expuso el Barbero —se hace indispensable la mediación del señor Bachiller, que casi es pariente de D. García. Con cualquiera otro podría excusarse; á nuestro amigo, creo no le negará este favor.

—¿Y recurrís á mí para tal asunto, maese Nicolás?— manifestó Carrasco. —¿Creéis, por ventura, que, penetrado del objeto que impulsa al Duque á venir á este lugar, sea yo el que le proporcione casa donde alojarse y las mayores comodidades que en el mismo se disfrutan? Vamos, ó me tenéis por un inocente, ó estáis fuera de vuestro juicio.

Absorto quedó el Barbero al oír semejantes observaciones, y no cesaba de mirar al Bachiller y al Cura; pero á otra seña de éste, dijo:

—Entonces será preciso que en algún lugar inmediato á esta aldea se les proporcione lo que aquí no es dable encontrar.

—Eso, eso sí—exclamó Sansón Carrasco;— y vean cómo puedan vuestas mercedes arreglarse. Qué-dese el Duque en buen hora en donde mejor le parezca, que yo me obligo á buscarle y á entenderme con él.

Cada observación del Bachiller

aumentaba más y más la inquietud del Cura, como la admiración del Barbero; y no sabía éste qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir; pero la discreción del Cura vino á poner término á esta escena tan enojosa para él como incomprendible para maese Nicolás, diciendo:

—Bien, ya veremos lo que haya de hacerse; porque, bien mirado, no debe ser este asunto causa bastante para que nuestro buen amigo el Bachiller se disguste y se enoje. ¿Habéis visto, maese Nicolás, cómo adelanta la convalecencia de Sancho?

Bien entendió el Barbero que el Cura trató de cortar la conversación anterior, y dijole:

—Ciertamente, señor Cura; y voy á verle en este momento, porque en todo el día no me ha sido posible el visitarlo.

Despidióse y salió atónito, sin darse cuenta de lo ocurrido. Juntos

permanecieron, aunque por muy corto tiempo, ambos interlocutores; procurando el Cura evitar que la conversación recayera sobre el tema en que últimamente había dado el Bachiller; y así dijo:

—No debemos olvidar, amigo mío, la obligación que nos impone el testamento de Don Quijote, y ruégole que en el día de mañana procedamos á cumplirla.

—Convenido, señor Cura, descartemos esos trabajos, para ocuparnos después.....

—Sí—interrumpióle el Licenciado,—terminado ese asunto, que nos ocupará poco tiempo, trataremos con detenimiento del que á su merced le preocupa. Por ahora, dispénseme, pues me debo á muchos cuidados y preparativos.

—Yo también—dijo Carrasco—tengo que hacer los míos, por aquello de que hombre apercebido vale por dos.

Despidióse del Cura y fuése éste precipitadamente hacia la casa de Sancho, á fin de impedir la entrada del Barbero en ella y darle cuenta del estado en que suponía se hallaba el Bachiller, y explicarle la escena que había presenciado. Hallóle, en efecto, en la calle, y, llamándolo, volvióse aquél á las voces que le daba.

CAPÍTULO XI

DE LA NUEVA QUE EL CURA PERO PÉREZ LE
COMUNICÓ Á MAESE NICOLÁS EL BARBERO

ALÉGROME de veros, señor Cura — dijo maese Nicolás, — para que me digáis qué le ocurre á nuestro Bachiller; porque sus incomprensibles palabras y las repetidas señas que vuesa merced me hizo durante nuestra conversación en vuestra casa, me han producido tal confusión, que no sé qué pensar.

—Venid conmigo—manifestóle el Licenciado,—pues creo inoportuno deciros lo que pasa á la presencia de Sancho; tengo mis motivos para que éste ignore lo que más adelante llegará á saber.

—Esas frases de vuesa merced me confunden aún más de lo que estoy —replicó el Barbero.

—Dos palabras os bastarán —díjole el Cura —para que lo comprendáis todo; pero venid conmigo, os repito, donde sólo vos podáis escucharme.

Apartáronse de la casa de Sancho; y llegados á un sitio que al Cura le pareció conveniente, éste dijo al Barbero:

—Ya habéis observado que desde la muerte de Don Quijote viene el Bachiller dando muestras de una profunda tristeza y de un abatimiento sin límites. Hasta ahora todos hemos venido suponiendo que ese estado en que se hallaba era hijo del sentimiento experimentado por la pérdida de nuestro amigo; pero, en verdad, no es éste el verdadero motivo; eslo, sí, creer, insistir y persistir en la idea de que él es el matador de Don Quijote, puesto que á

virtud de aquel vencimiento le sobrevino la muerte.

—En parte lleva mucha razón— dijo el Barbero.

—Hay mucho que hablar sobre ese punto, maese Nicolás— contéstole el Cura,—pero es el caso que ha venido á dar en la flor, que va transformándose en desvarío, de creer y sostener que Don Quijote no estaba loco, y que él se considera como un criminal y homicida, merecedor de un castigo que juntamente reclaman su espíritu y su cuerpo. A tal punto llega su perturbación, que hoy mismo y á vuestra presencia ha venido á expresarse en los términos que habéis escuchado y no comprendido; pues al tener conocimiento de la venida del Duque, ha supuesto nuestro desdichado amigo que viene á impulsos de un vengativo deseo, esto es, que el Duque ha tomado como pretexto el visitar la tumba de Don Quijote

para realizar la venganza de su muerte, y que viene derecha y decididamente contra él.

—¡Jesús, Jesús!— exclamó el Barbero.—No creería semejante nueva, si otro que vos me la comunicara. Sí, bien lo veo; el Bachiller experimenta una completa perturbación mental, y si, por lo que vuesa merced me dice, esto va en aumento de día en día, preciso se hace el adoptar una determinación, porque Dios sabe el conflicto en que nos podemos ver á la llegada de los Duques.

—Precisamente eso es lo que más me inquieta — dijo el Cura,— y hay que evitarlo á todo nuestro poderío; pero afortunadamente aún tardarán algunos días en llegar los señores Duques, y mientras veremos lo que haya de hacerse. En cuanto al alojamiento, debemos prescindir en absoluto de la intervención del Bachiller, y creo que una carta expresiva que yo le dirija y vos mismo la

llevéis á D. García, será bastante para conseguir el permiso que deseamos. A Sancho nada hay que decirle por ahora, del estado del Bachiller, y quiera Dios que en cualquier entrevista que entre ellos pueda mediar no saque el Bachiller á la plaza lo que Sancho debe ignorar.

— Bien lo temo — dijo el Barbero, — porque los niños y los locos siempre dicen la verdad, y por la indiscreción del Bachiller bien pudiera sobrevenir un contratiempo inesperado. Sancho tiene adquirida de poco tiempo acá una exquisita penetración, y si llegase á comprender que Carrasco fué el Caballero de la Blanca Luna, el vencedor de su amo querido, y, por lo tanto, el causante de su muerte, pudiera acontecer que la venganza que éste supone y teme de parte del Duque, la realizara Sancho, movido por la lealtad, entrañable amor y gratitud

que tuvo á su señor y amo, cuyos sentimientos aún viven en su corazón.

Separáronse, después de convenir en observar la mayor prudencia, y fuése cada uno á su casa para meditar á solas y largamente acerca de estos acontecimientos y de los que pudieran sobrevenir.

CAPÍTULO XII

DE LA MANIFESTACIÓN HECHA AL CURA PERO
PÉREZ POR EL BACHILLER SANSÓN CA-
RRASCO.

No bien se mostraron á los mor-
tales los primeros albores
del siguiente día, que se anun-
ciaba fresco y agradable, cual de
suyo ofrece la plácida estación del
otoño, cuando el cura Pero Pérez
abandonando el lecho, en donde á
duras penas logró descabezar el
sueño, se dispuso á cumplir sus de-
beres religiosos dentro y fuera de
su casa, y á esperar la hora conve-
niente para reunirse con el Bachi-
ller y visitar al ama y á la sobrina
de Don Quijote, las que, sin duda

alguna, estuvieron esperándolos durante todo el pasado día.

Trascurridas las primeras horas de la mañana, alegróse en extremo por la llegada de maese Nicolás, el cual le dijo:

— No he dejado de pensar, señor Cura, acerca de la dolorosa nueva que vuesa merced me comunicó anoche, referente á la enfermedad del Bachiller, y ya que no tan sólo se nos resiste á facilitar los medios de que nos procuramos valer para conseguir el permiso de D. García, sino que, según sospecho, quizá pretenda estorbar ó impedir la realización de nuestro proyecto, estimo oportuno que luego, luego escriba vuesa merced la consabida carta, á fin de salir hoy mismo para Villarrubia.

— Me parece conveniente lo que me habéis dicho — expresóle el Cura, — porque además de esa razón existe la no menos poderosa de que

podemos vernos sorprendidos en la hora más impensada por la llegada de los Duques.

— Convenido — contestó el Barbero,—y no perdamos tiempo alguno, que en la tardanza puede estar el peligro; mientras vuesa merced escribe, yo haré mis preparativos para el viaje.

Despidióse del Cura, y éste comenzó á escribir la carta cuya respuesta debería recibir aquella misma noche. Concluído su trabajo, se dijo: «¡Ea, pues! á la mano de Dios y esperemos el resultado; después de todo es un alto honor para don García y para su casa: no todos los días se presenta la ocasión de que un Príncipe, un Duque ú otra alta dignidad honre con su visita á una aldea tan miserable como ésta, en la que, bien seguro estoy, vivirá por muchos años el recuerdo que deje aquél, debido á su munificencia y rasgos tan caballerescos como

caritativos. Bien se lo manifiesto así á D. García, y no dudo que, siendo un hidalgo reconocido, mirará tanto por su honra cuanto por el bien que á esta aldea le espera.»

Satisfecho de su carta, esperó la vuelta de maese Nicolás para hacerle entrega de ella. No tardó mucho en llegar éste, y habiéndole indicado los términos que aquélla contenía, todo lo cual aprobó el Barbero con verdadero entusiasmo, dióselo y echóle la bendición, deseándole un viaje feliz y que Dios le acompañara.

Llegó la hora en la que, en unión del Bachiller, fuése á la casa del ama y sobrina de Don Quijote, y durante el camino díjole Sansón Carrasco:

—Quisiera, señor Cura, oír vuestra opinión acerca de un punto en el cual he dado en pensar toda esta noche pasada, y que me aconsejara lo que mediando vuestra discreción

y prudencia creyese más oportuno.

—Puede vuesa merced decirme lo que ha pensado — manifestóle el Cura,—y contad con mis mejores deseos para ver de aconsejarle lo que más pueda ser en vuestro provecho.

Observó el Cura que en la manera de expresarse el Bachiller y hasta en su propio semblante se marcaban una tranquilidad y un reposo de que estuvo muy lejos de esperar, y por ello se dijo: «¿Será un momento de lucidez, ó una de esas treguas que el mal ofrece antes de su completo desarrollo?»

— Bien sabéis — expúsole Carrasco — que tengo recibidas las cuatro primeras órdenes para seguir la carrera de la Iglesia, á la que mis padres, juntamente con mis anteriores propósitos, me inclinaron. Créome á tiempo de cambiar de carrera, porque, de seguir la que tenía comenzada, se avendrían muy mal la

paz y la mansedumbre, que de suyo pide el estado esclesiástico, con los bélicos ardores de que hoy me siento poseído.

— ¡Dios mío, adónde irá á parar este pobre Bachiller! — se dijo el Cura.

— Ya pasaron los tiempos aquellos — continuó Carrasco — en que los abades, priores y hasta los obispos poníanse al frente de sus huestes, como esforzados caudillos, para entrar en batalla, figurando entre otros muchos los Cisneros y Menozas; hoy en día la misión del clero es otra muy distinta y ajena por completo á peleas y contiendas, porque no hay en España terrenos que reconquistar ni moros á quienes extinguir. He pensado, pues, que á la edad en que me hallo, porque aún no he cumplido los veinticinco años, puedo prestar á mi patria un servicio más directo con el ejercicio de las armas, á que me siento

inclinado, que llenando pacíficamente los deberes de la Iglesia, los que, si bien no me repugnan, mírolos hoy con alguna prevención, y de esta suerte quizás logre redimirme de este horrible cautiverio en que me hallo, luchando en Italia contra el turbulento Duque de Saboya y á las órdenes del de Mantua ó del Marqués de la Hinojosa.

Meditó el Cura un instante, y pasado éste, díjole:

— Ni apruebo ni me opongo á vuestro pensamiento: hemos de ocuparnos detenidamente acerca de ese asunto, en el que vuestros padres deberán intervenir.

— Mis padres — contestó Carrasco — no creo que puedan oponerse, porque siendo yo el único varón se alegrarán de este cambio de carrera, toda vez que, dejando de ser célibe, podrán ver prolongada la rama de los Carrascos.

— Es muy cierto — díjole el Cura

con disimulada alegría,—y hasta yo mismo apoyaría con gran gusto la idea de que vuesa merced cambiara de estado, procurando enlazarse con persona digna y de su clase, de reconocida honradez y modelo de virtudes, como es un vivo ejemplo que honra á esta aldea la sobrina del que fué nuestro amigo, Alonso Quixano el Bueno; pero entremos en su casa y veamos de cumplir nuestro cometido.

Con lo cual terminó el Licenciado su observación, por hallarse ambos á las puertas de aquélla.

CAPITULO XIII

DE LO QUE TRATARON EL CURA
Y EL BACHILLER

ENTRARON en la casa, el Bachiller algo impresionado por las últimas palabras del Cura, y éste meditando las consecuencias de lo que acababa de expresar, diciéndose á sí mismo: «Quizá sea ello un remedio; locura contra locura.»

Halláronlas ocupadas á ama y sobrina en las continuas haciendas de la casa; y conocedoras del objeto de la visita, les entregó esta última una no muy extensa nota, hecha por ellas, de todo lo que les constaba

que debía de pertenecer al cuerpo general de bienes.

—Ahí tenéis— dijoles— el resultado de nuestro trabajo, que habrá de facilitar muy mucho al que incumbe á vuestras mercedes; sírvanse de apreciar todo cuanto en la nota aparece, que, siendo la única heredera de mi tío, á nadie tendré que dar cuenta, ni espero que alguno me la exija.

—Yo creo— manifestó el Cura,— y no dudo, de que el Sr. Bachiller se hallará conforme en ello, que bien podemos excusar el aprecio de todos los bienes, precisamente por la razón que acabáis de expresar, y que debemos limitarnos á señalar prudencialmente una cantidad para atender al costo de las exequias, que deberán ser muy modestas, y al pago de varias misas que durante algunos días se habrán de decir en sufragio del alma de su señor tío.

—Es el caso—manifestó la sobrina,— y me da pena el decirlo, que los últimos ducados de que hemos podido disponer se han consumido en su enfermedad y modestísimo entierro, y tendré que esperar la ocasión de vender algunos semovientes ó alguna de las pocas tierras que ha dejado como caudal, para cubrir tantas atenciones como en el día nos rodean.

—Vuesa merced no debe de inquietarse por tan poca cosa—dijole el Bachiller, dirigiéndola una expresiva mirada, de la que ella no se dió cuenta, si bien no dejó de notarla el Cura;— yo me permito—continuó aquél—ofrecerle cuanto pueda necesitar.

Agradecióle la sobrina aquel ofrecimiento con muy comedidas frases, y volviéndose hacia el Cura, dijole:

—Dejo en manos de vuesa merced la manera y forma de proceder que estime más conveniente.

—Todo tendrá su arreglo — contestó el Licenciado;— por ahora debemos ocuparnos de liquidar la cuenta del salario por el tiempo que ha servido el ama en esta casa, agregando al importe total veinte ducados más para un vestido, según se dispone en el testamento.

—Poco á poco, señor Cura— manifestó el ama;— porque si la voluntad de mi inolvidable amo fué la de que se hiciera esa entrega, es la mía la de dejar por hoy en suspenso el cumplimiento de esa manda para cuando buenamente pueda hacerla efectiva mi señora D.^a Antonia, fijando en lo que ella quiera estimar el precio de mis servicios.

—Si tal es vuestro deseo— expresó el Cura,— y á ello se aviene doña Antonia, no hay más que decir.

—Acepto la cariñosa proposición del ama—dijo ésta;—pero le ofrezco entregarle los veinte ducados á la brevedad posible.

—Respecto de la otra manda, relativa á Sancho Panza — expuso el Cura,—paréceme que para nada debiéramos ocuparnos, por estar muy clara y terminantemente determinada; sin embargo, debo de manifestar que en una ocasión hizo el difunto á éste el ofrecimiento de tres pollinos de los cinco que poseía y constarán en la nota que habéis formado, como también en otra vez el de las crías de las tres yeguas que quedan para parir en el prado concejil, sin tener yo que expresar, porque no hace al caso, las causas y razones que movieron á vuestro tío para ello; pero sí puedo asegurar la verdad de tales ofrecimientos como deuda de conciencia; y como mayor pago por los servicios prestados por Sancho, débese, según mi parecer, consultar con éste acerca de ese asunto, porque de contar con su renuncia podriase proceder cuanto antes á la venta de tales semovien-

tes en la primera feria que se celebre en cualquier lugar inmediato, encargándose de verificarla el mozo de campo y plaza que tenéis á vuestro servicio, y el que lo mismo ensilla el rocín como toma la podadera.

Quedaron todos conformes con la indicada propuesta, y obligado el Cura á entenderse con Sancho acerca de este particular; y ofrecióse, además, á avistarse con el Escribano, á fin de formular los documentos precisos para dar por terminada la misión que tanto á él como á Carrasco les fué encomendada.

Altamente satisfechos salieron de la casa el Bachiller y el Cura por haber invertido con gran provecho el tiempo que en ella pasaron, descartando esta obligación para poderse dedicar cada uno de ellos á otras que poderosamente les apremiaban. Antes de separarse, dijole el Bachiller al Licenciado:

—Hablaemos.

Contestóle el Cura con igual laconismo espartano.

—Hablaemos.

Entró el Cura en su casa, dispuesto á esperar la llegada del Barbero con la contestación de su carta, si bien preocupábale el atrevido pensamiento que se le había ocurrido y comunicado á Carrasco ensalzando las cualidades de la sobrina de Don Quijote, y hasta llegó á abrigar serios temores por las consecuencias que podría acarrear; porque no dejaba de comprender que en todos los tiempos el hombre ha sido débil y la mujer sensible, y que el ceguezuelo del Amor ha sabido siempre aprovechar las ocasiones para hacer de las suyas; y aunque nada podía sospecharse de que el Bachiller se dejara llevar de torcidas intenciones, que habían de estrellarse contra el fuerte muro de la acrisolada virtud de D.^a Antonia,

podía temerse que al considerarse ella atendida y halagada por las preferencias de aquél, llegara á interesar su corazón y sobrevenir por ello un nuevo conflicto, al que hubiera dado ocasión la aventurada y peregrina idea que le había ocurrido, aunque con el mejor deseo, de apartar al Bachiller de las preocupaciones en que se hallaba, y decíase: «Dios no quiera que por huir de la sartén, venga á dar en las brasas.»

Pasadas las horas de la tarde, impacientábase en extremo por la tardanza de maese Nicolás, temeroso de que algún accidente le hubiera ocurrido; pero hubo de poner término á aquella inquietud la llegada de éste, todo cubierto por el polvo del camino, el cual le dijo entregándole un pliego:

—Hé aquí la contestación á vuestra carta, que yo supongo satisfactoria, porque he recibido también del Don García esta orden por es-

crito para que se la entregue á Tomé Cecial, el encargado de cuidar la casa durante su ausencia.

Abrió el Cura precipitadamente la carta para él dirigida, y terminada su lectura, exclamó alzando los brazos:

—Demos gracias á Dios, maese Nicolás, por este beneficio que nos concede, y yo se las doy á vuesa merced por vuestra eficacia y diligencia prestadas en este asunto; mañana iremos á ver y entregar á Tomé Cecial la orden que le manda su señor y amo; visitaremos la casa y dispondremos lo necesario para el mejor acomodamiento de los pajes y servidores de sus Excelencias.

—Alégrome infinito del resultado de mi viaje—contestó el Barbero,—y haremos lo que vuesa merced disponga.

—Convenido — expresó el Cura; —idos á descansar y mañana será otro día, que yo voy ahora á casa

de Sancho á participarle esta nueva y hablarle de otro asunto.

Quedóse solo el Licenciado por un breve rato, durante el cual leyó de nuevo la carta de Don García y la orden para el encargado de la casa, y díjose: «Yo quiero hacer memoria de este Tomé Cecial.» Y quedando algún tanto pensativo, se dijo: «¡Ya! Sí, el compadre de Sancho; el que sirvió de escudero al Bachiller cuando se disfrazó de Caballero de los Espejos. Bien, bien.»

Y salió nuestro Licenciado para ir derechamente á visitar á Sancho.

CAPÍTULO XIV

DEL COLOQUIO SOSTENIDO ENTRE SANCHO
PANZA Y SU COMPADRE TOMÉ CECIAL

CUENTA la historia (que por ser de todo en todo minuciosa y puntualísima, no quiso pasar en silencio pormenor alguno para el esclarecimiento de los hechos) que al mismo punto y hora en que el Cura y el Bachiller se ocupaban, en unión del ama y sobrina de Don Quijote, del testamento de éste, visitaba al convaleciente Sancho su amigo y compadre Tomé Cecial, después del largo tiempo que no le había visto, aprovechando la ocasión primera que hubo á mano. Durante la muy larga conversación habida entre

ellos, y después de haberse tratado de la enfermedad de Sancho, vino á recaer aquélla sobre el empleo ó colocación lograda por Cercial en la casa de D. García de Torres, diciéndole Sancho:

—Bien me alegro, hermano y compadre, de que la fortuna os haya favorecido, alejándoos de las penosas faenas del campo para llevaros á esa casa en la que vuestros quehaceres serán más llevaderos y se verán mejor recompensados.

—No debo tanto á la fortuna—contestó Cercial—como á la industria de que me he valido para haber de conseguir el bienestar de que disfruto; porque bien sabéis que el hombre pobre todo es trazas, y el que no mira adelante atrás se queda, y tomé la ocasión por el copete.

Á lo que le manifestó Sancho:

—¿Y puede vuesa merced, hermano, decirme cómo fué ello?

—Sí puedo—contestóle aquél;—

porque si en otro tiempo fué un secreto para mi señor el Bachiller Sansón Carrasco, hoy ya debe importarle bien poco ó nada que se sepa lo que hizo y en ello me metió con arcaduces, embustes y enredos, llevándome adonde fué y en donde nuestro Bachiller no logró hallar nidos pensando hallar pájaros y saliendo perdidoso y condenado en las setenas.

—Os entiendo, compadre, como si me hablareis en griego—díjole Sancho.

—Y yo—continuó Cecial—conociendo que por entonces parecía convenirle que no se supiera el propósito que le movió y su descalabro, prometíle guardar el secreto, á trueque de conseguir para mí, como lo he logrado, la plaza vacante en aquellos días, de servidor y guarda de la casa de su pariente D. García de Torres.

—Pero si como habéis dicho—ma-

nifestóle Sancho,—ya no hay caso para guardar el secreto, bien podréis satisfacer mi curiosidad.

—Bien claro os lo dije en cierta ocasión, amigo—expúsole Cecial,—sólo que no sé qué influencias vinieron á obscurecer vuestro entendimiento ó á poner una venda sobre vuestros ojos.

¡Cuerpo de mi padre! ¿No recordáis la noche en que cenásteis conmigo en cierta floresta, siendo yo el escudero del Caballero de los Espejos, y desfigurándome á vuestra vista con aquellas desmesuradas narices que tanto miedo os causaron?

—Sí que me acuerdo, y aun vuelve en mí, con vuestras palabras, la horrible impresión sufrida, pues os tuve por un desaforado vestiglo.

—Pues bien—prosiguió Cecial,—aquel escudero fui yo, vuestro com-padre, y aquel Caballero del Bosque no fué otro que el desventurado y mal aconsejado del Bachiller, á

quien salvé de una muerte segura después que vuestro amo le venciera en el encuentro habido, logrando en aquel lance la ventura de García.

—¡Ay, compadre, y qué gran día de gloria fué aquél para mi señor!— exclamó Sancho.—¡Pobre amo mío! ¡Qué contento y vanaglorioso quedó por haber alcanzado tan señalada victoria! Pues con todo, aún dudo todavía de lo que me habéis dicho.

—Hacéis mal, compadre—dijole Cecial,—porque sería no dar crédito á mis palabras, y no tengo para qué engañaros, cuando después de la batalla os dí señales ciertas de mi persona.

—Sí, sí, es mucha verdad—asintió Sancho;—¿pero podréis decirme qué razón movió á nuestro Bachiller para hacer armas contra mi señor Don Quijote, siendo tan amigo suyo? ¿Qué disgusto pudo haber entre ellos, ni qué fundamentos para aquel desafío? ¿Fué la envidia ú otro mal

sentido propósito lo que inflamó el pecho del Bachiller? Vamos, compadre, que no alcanzo á comprender semejante misterio.

—No hay misterio que valga—dijo Cecial:—todo se reduce á lo que yo os manifesté en aquella misma noche, que, porque cobrara el juicio otro caballero, se hacía mi amo el loco, y se andaba buscando lo que yo no sabía si, después de hallado, le había de salir á los hocicos; y ese otro caballero loco, á quien él pretendía le volviese el juicio.....

—Sí, ya comprendo—dijo Sancho, triste y pensativo,—era mi amo, mi señor Don Quijote. ¿Y estáis bien seguro, compadre, de lo que habéis dicho?

—Sí, y mil veces sí—díjole aquél; —y lo juro por la gloria de mis padres.

—Todo lo creo ahora, mediando vuestro juramento—replicó Sancho. —Y dígame vuesa merced, porque

por el hilo se saca el ovillo: ¿el que hace un cesto, no hace ciento?

—Ciertamente—exclamó Cecial.

—Y bien—continuó Sancho, poniéndose un dedo sobre la frente, como acostumbraba hacerlo cuando mostraba discurrir,—¿no puede creerse que habiéndose fingido el Bachiller el Caballero del Bosque, sin haber logrado su intento, se haya de nuevo disfrazado del de la Blanca Luna para conseguirlo?

—No sólo debe sospecharse, sino afirmarse—dijo Cecial;—y si no quiso llevarme consigo á Barcelona, sería para que vuesa merced no me reconociera de nuevo. Creo tener entendido que el que le sirvió esta segunda vez de escudero fué Tomasillo, el hijo del herrero.

—Vaya, vaya, lo que vamos descubriendo—dijo Sancho, cada vez más pensativo.—Bien se ha dicho que nada puede estar oculto debajo del cielo. Mas esperad, hermano,

que ahora quiero recordar..... ¡Teresa! ¡Teresa!—gritó llamando á su mujer.

Apareció ésta, hilando, como de costumbre, un copo de estopa.

—¿Qué me queréis, marido, que tales voces me dais? ¿Qué os duele, ó qué mal os hace nuestro compadre?

—Callaos, mujer, y dejaos de dolencias. Buscad y traedme al punto la carta que para mí mandasteis escribir cuando yo era Gobernador, la que entre otras yo traje y debéis de tener guardada.

—¿Para qué la queréis, si no sabéis leer,—dijole aquélla.

—Traedla y dejadnos solos—contestóle Sancho.

—Amén—manifestó Teresa;—que á la mujer casada, el marido le basta.

Fuése, quedando los dos compadres en silencio hasta la vuelta de Teresa, la que dijo á Sancho, entregándole la carta:

—Esa es la que me habéis pedido,

y ved el uso que hacéis de ella; que el que da el consejo, da el tostón.....

Marchóse, y díjole Sancho á Cacial:

—Vos que sabéis leer, leedme esa carta.

Comenzó Cacial su lectura, sin dejar de sonreirse hasta terminar la primera parte, por las cosas que Teresa comunicaba á su marido; mas al llegar á la segunda mitad, díjole Sancho:

—Fijaos bien, compadre, en esas palabras que vais á leer, que ahora he recordado y que me han dado en qué pensar.

Prosiguió aquél la lectura, diciendo:

—«El Cura, el Barbero y el Bachiller, y aun el Sacristán, no pueden creer que eres Gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quijote, tu amo; y dice Sansón que ha de ir á buscarte y á sacarte

el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos» (1).

—¡Punto ahí!—exclamó Sancho. —¿Qué quieren decir esas últimas palabras? ¡Ah, compadre, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Ahora lo comprendo todo: ved, pues, si no he dado al punto en el hito.

—Dado habéis, amigo—dijole Cecial;—porque los propósitos del Bachiller están aquí muy claramente demostrados: ¿qué otro asunto pú-dole haber impulsado á marchar á Barcelona, sino el de buscar á Don Quijote, para sacarle la locura de los cascos, como así le dijo á vuestra Teresa?

—Sí—expresó Sancho, con profunda tristeza;—y no sólo le sacó la locura, como él se propuso, sino le arrebató la vida, ¡la vida, compadre

(1) Segunda parte, cap. LII, *Don Quijote de la Mancha*.

del alma!, y contra semejante hecho, el mismo cielo está clamando por un ejemplar castigo. Silencio, pues, amigo Cecial; esperemos los acontecimientos, que Dios consiente y no para siempre, y no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. ¡Oh, cuánto siento hoy que mi señor Don Quijote no hubiera seguido mi consejo, cuando viendo vencido á sus pies al Caballero de los Espejos, le dije: soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, hínque vuesa merced y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él á algunos de sus enemigos los encantadores (1)! Verdad es que al poner mi amo en ejecución este mi consejo, acudisteis vos para impedirselo.

—¡Y qué debía yo de hacer!—con-

(1) Segunda parte, cap. xiv, *Don Quijote de la Mancha*.

testó Cacial.—Vile en peligro de una muerte segura, y no me fué dable proceder de otra suerte; en tal momento descubrí toda la verdad, á la que vos no disteis bastante crédito, y mucho menos vuestro amo, dominado por sus extraordinarios pensamientos.

—Sí, sí; pero silencio—dijo Sancho,—que siento la voz de su merced el señor Cura, y conviene que quede entre nosotros el secreto de nuestra conversación.

CAPÍTULO XV

EN EL QUE SE CONTINÚA LA MATERIA
DEL ANTERIOR

ENTRÓ el Licenciado, y sin fijarse en el compadre de Sancho, dijo á éste:

—¡Albricias, amigo mío! Que ya hemos salido con buen suceso de la preñez en que nos hallamos.

—¿Y qué tal, señor Cura?—preguntó Sancho sonriéndose;—¿ha sido hijo, ó hija?

—Hijo, y muy hermoso—respondió el Cura;—tan lindo, que es una maravilla, y tan rollizo, que no hay más que ver.

—Vaya, bien—replicó Sancho;—¿y cómo le llamaremos?

—El alojamiento de los Duques

—dijo el Cura—ya lo hemos conseguido.

—Y ¿dónde está su merced de ese alojamiento, que tan bueno parece ser cuanto lo demuestran vuestro contento y alegría?

—Aquí, en nuestra aldea—manifestó el Cura.

—¿En este mismo lugar?—exclamó Sancho.

—No hay duda—díjole el Cura;— en esta misma aldea, que por la visita de los Duques será tan célebre en la Historia como lo es la villa de Cuacos, donde radica el monasterio de Yuste, por quien se albergó en él; como lo es la de Madrigal de las Altas Torres, patria de D.^a Isabel la Católica y del Tostado, y la de Valencia de Don Juan, donde estuvieron no há mucho nuestros reyes á visitar á la hermosa Diana, tan celebrada en sus versos por nuestro poeta Montemayor.

—No lo será tanto—manifestó

Sancho—por tal visita, cuanto por haber nacido en ella mi amo y señor querido; mas en resolución, ¿cuál es el alojamiento?

—¿Cuál otro podría ser—contestó el Cura,—que aventajara á la hermosa casa de nuestro convecino don García de Torres, hoy ausente por sus quehaceres de la vendimia?

—¿La casa de mi amo?—exclamó Cacial.

Fijóse el Cura en quien tal pregunta hacía, y reconociéndolo, dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Tomé Cacial, compadre de nuestro buen Sancho y guarda hoy de la casa de D. García?

—El mismo—contestó aquél,—y para servir á vuesa merced.

—Mucho me alegro de veros aquí—dijo el Cura,—puesto que en el día de mañana habría de ir á entregaros esta orden que vuestro amo me envía para que pongáis á mi disposición la casa suya, con todos los me-

nesteres que encierra y contiene, á fin de que la ocupen por varios días unos excelsos huéspedes que esperamos.

—Puede vuesa merced entregármela y mañana le quedaré aguardando en la casa.

Leyó Cacial la orden y dijo al Cura:

—Vuesa merced ordene y mande á este vuestro servidor, como así me lo recomienda mi señor y amo.

—¡Bravo, bravo, señor Cura! Parece-me esta resolución venida á posta—exclamó Sancho;—pero ¿cómo os habéis valido para lograr semejante proporción?

Refirióle el Cura el resultado de las gestiones practicadas por el barbero, y el feliz término de ellas, omitiendo la oposición del Bachiller.

—Otro objeto, además, me ha traído á esta casa, y es el de consultaros acerca de un particular, que

tal vez tengáis ya olvidado, pero cúmpleme oiros, como albacea de nuestro amigo Don Quijote.

—Diga, pues, vuesa merced—manifestó Sancho.

—Debiéndose cumplir el testamento de aquél—prosiguió el Cura,—he recordado al ama y á la sobrina que el difunto os hizo el ofrecimiento de tres pollinos y las crías de sus yeguas.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo—dijo Sancho.

—Y como en el testamento—continuó el Cura—nada se expresa acerca de ese extremo, siendo para los albaceas y la heredera, que lo es la sobrina, un caso de conciencia, hemos dejado á vuestra voluntad la resolución de este asunto.

—Puede vuesa merced—contestóle Sancho—manifestar á D.^a Antonia, y dense vuestas mercedes los albaceas por enterados, que el que fué escudero de nuestro inolvidable

Don Quijote, hace formal renuncia de cuanto se le ofreció, si bien conservaríá como recuerdo de su amo una sola de las crías de las referidas yeguas, contando para ello con la bondad de los interesados en el testamento.

Agradecióle el Cura su resolución, dióle el parabién por su rápido mejoramiento, y despidióse de él y de Cecial, á quien de nuevo le manifestó que habría de verlo al otro día.

Volvieron á quedar solos los dos compadres, y dirigiendo Sancho su vista hacia la puerta, como para cerciorarse de no ser escuchado, dijo:

—¡Válgame el cielo, compadre! ¡Que haya sido yo tan corto de sentido que no penetrara antes de ahora la misteriosa conducta del Bachiller! ¿Quién le autorizó para ello? ¿Qué móviles le impulsaron? ¿Qué fin se proponía?

—La curación de Don Quijote—

manifestó Cercial,—porque lo tenía por un loco.

A lo que replicó Sancho:

—¿Y quién le dió carta de examen para oficiar de algebrista, y en una dislocación de la que por las muestras también padeció él mismo? ¿No es por cierto más loco el que lo aparenta que el que lo es por naturaleza? ¡Gallarda cosa sería ir contra la embriaguez, autorizándola el legislador con el ejemplo! ¡Buena doctrina contra la gula, la que predicara un fraile rechoncho y glotón y amigo de darse buena vida! ¡Ay, Bachiller, fingido amigo del más grande y noble y bueno de cuantos hombres ha producido la Mancha! Día llegará en que se me venga á mano la ocasión de decirle á vuelta merced el nombre de las Pascuas, aunque tengamos que andar al pelo.

A lo que le manifestó Cercial:

—No hay que hacer de ello tan

grave asunto, que vengáis á dar en Peralvillo: confiad en que Dios castiga sin palo ni piedra; porque, para mi santiguada, que Don Quijote no era tan loco como se le creía.

—¡Loco mi padre!—dijo Sancho. —Tenía que oír aquel pico de oro; había que admirar aquella convicción, aquella fortaleza, aquella persuasión; pero como en el mundo son muchos los que gustan de darse un filo á todo ruedo, no hay más que callar, compadre, porque no bastan estopas para tantas bocas.

—Con todo—replicó Cecial,—ver el talle de obrar, que la prudencia es gran parte de la ciencia.

—Sí—contestóle Sancho Panza; —pero cuando Sancho, Sancho; si ayer fuí escudero, hoy soy señor de mí mismo y sé dónde me aprieta el zapato, y tendré la prudencia de la serpiente; y hoy más que nunca, porque voy á recibir una visita por la que me he de ver por encima de

muchos aún más de cuatro dedos. ¡Vaya si los señores Duques me pondrán en pinganitos! ¡A buena fe, que no era yo en Aragón el ojo derecho de mi señora la Duquesa! ¡Pues montas que fueron nonadas los regalos recibidos y las atenciones de que fui objeto!

—Pero ¿sabéis vos á qué vienen á esta aldea?—preguntó Cecial.

—Aún no me lo ha dicho el señor Cura—contestó Sancho;—pero yo creo que si viviera mi señor Don Quijote, sería por él; mas como de los dos que estuvimos en su palacio sólo quedo yo vivo, claro está que será por mí, y ¡quién lo duda!

—Yo lo dudo—dijole Cecial;—porque tales visitas se las deben entre sí los príncipes y magnates, casi todas las veces por pura cortesía ó conveniencias particulares más que por afecto; y por cierto y por verdad que si habéis alcanzado el ser Gobernador, os falta mucho que an-

dar del camino para ser Principe, ni aun Conde.

—No tanto como creéis, compadre—replicó Sancho;—porque de los hombres se hacen los obispos; del mismo barro todos hemos sido fabricados; todos hemos llorado al nacer, y á todos nos cubrirá la misma tierra después de muertos; todos somos hijos de Dios, y por ser hijos de un mismo padre, á todos nos toca igual parte de sus misericordias y de sus justicias; nadie es más alto que otro hasta tocar á las nubes, como no sean éstas las que el ambicioso y soberbio engendra en su propia fantasía; además, y como varias veces le oí decir á mi amo, cada uno es hijo de sus obras, y yo agrego á eso lo de: debajo de mi manto al Rey mato; y aunque soy pobre y labrador no es todo el sayal alforjas, que al fin, pobreza no es vileza; y si una vez he dado pruebas de ser algo y aun más que muchos, llegue á ma-

nos la ocasión y verán maravillas.

—En fin, ello dirá—repuso Cecial.

—Y dirá muy bien—repuso Sancho;—porque con la venida de los Duques á todos les llegará su parte; pues por la gloria de mis padres, que he oído decir que no todos los principes y grandes saben serlo aunque lo parezcan, y de mis señores Duques sólo deben esperarse grandezas y magnificencias; y por cuanto lo reconozco así, no trocaría hoy mis esperanzas por todo un reino, porque no habré más de boquear para lograr.

—A fe mía—dijo Cecial—que ya deseo verlos en mi casa, ó sea en la que sirvo y en donde les bailaré el agua delante; pues, como sabéis, vivo de mi trabajo y tengo hijos que me obligan á ser algo interesado; que ya me voy cargando de años, y haré porque no se diga de mí: «la mocedad trabajada y la vejez quemada»; que si llega la ocasión, hay

que cogerla por los cabellos, y cuando viene el bien, mételo en tu casa.

—Esas son mis filosofías—manifestó Sancho;—y si no se logra todo cuanto pide el deseo, me atenderé á aquello de «goza de tu poco mientras busca más el loco»; que si la suerte llenara mis medidas, entonces no sería yo el asno de Arcadia, cargado de oro y come paja; no, á fe mía, que hay que saber disfrutar de los bienes de esta vida; que yo me tengo para mí que el mayor enemigo de Dios y de los hombres es el avaro, que sólo vive de miserias y en ellas se goza.

—Confiemos en el porvenir—dijo Cecial levantándose.—Os dejo porque mis deberes me llaman, y vos podréis reflexionar á solas lo que respecto del Bachiller os aconseje la prudencia; que no vayáis á salir por los cerros de Úbeda y dar que decir á propios y extraños, cuando habéis puesto muy en alto vuestro

crédito de sabio y prudente en vuestro pasado gobierno.

—Vivid tranquilo, compadre—dijole Sancho,—que yo bien me sé lo que debo hacer.

Fuése Cecial, quedando Sancho sumamente pensativo en razón á lo que su compadre le hubo de comunicar, y de lo que, como él se dijo, estaba tan lejos de imaginar como de volverse turco.

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL CURA, EL BARBERO
Y SANCHO PANZA

REUNIDOS al siguiente día el Cura y el Barbero, pasaron á inspeccionar la casa de don García de Torres, dictando las órdenes oportunas para que todo estuviera preparado y dispuesto convenientemente á fin de recibir á los Duques. Visitaron todas las dependencias, y halláronlas con la capacidad bastante á contener la servidumbre y servicio de trenes y caballos que forzosamente aquéllos deberían traer. No dejaron de curiosear en la sala de armas, de cuya posesión siempre hizo gala su due-

ño, por contener muchas y diversas, y que de sus antecesores guardaba como venerandas reliquias; y en la revista que hicieron fijáronse en las que, formando un cuerpo, hubieron de servirle al Bachiller para encubrirse bajo el mote de Caballero de la Blanca Luna, las cuales logró obtener de su pariente para llevar á cabo su propósito en la célebre playa de Barcelona. Contempláronlas por algunos instantes, aunque con cierto remordimiento, y notando el Cura que si bien figuraba en su astillero la correspondiente lanza, faltábale al completo de las armas la espada respectiva, dijo:

—Ó yo estoy equivocado, ó á esta armadura fáltale su montante.

—No le falta—manifestó Cecial,—sino que há dos días que la llevó de aquí el señor Bachiller, diciéndome que deseaba tenerla en su casa, sin expresarme la razón de ello.

Dirigiéronse el Cura y el Barbero

una mirada de inteligencia, y después de hacerle á Cecial varias recomendaciones, salieron de la casa para marchar á la del Cura.

—¡Malo! ¡Muy malo!—díjole éste á maese Nicolás.—El Bachiller nos va á dar un muy serio disgusto; preciso se hace el adoptar una determinación. Lleguemos á mi casa, y allí podemos más libremente tratar sobre este asunto, y os diré, además, lo que aún todavía ignoráis y ha venido á complicar más y más nuestra situación.

Llegaron á la casa, y refirióle el Licenciado punto por punto el nuevo tema en que había dado el Bachiller de cambiar de carrera, emprendiendo la de las armas, y su propósito de casarse.

—¡Casarse!—exclamó sorprendido el Barbero.—¿Á quién podría cortejar que no echara de ver, y á tiro de escopeta, el lamentable estado en que se halla? Ello sería un

manifiesto engaño de su parte y un alevoso crimen de la de quienes apoyaran semejante proyecto.

—Sí, en efecto—manifestó el Cura;—y ahora veo más claramente cuán indiscreto y torpe estuve al elogiarle y recomendarle la sobrina de Don Quijote.

—¿Eso tal hicisteis?—dijole admirado el Barbero.

—Sí—contestóle aquél,—y movido por el deseo de procurar su curación, inclinando los suyos por una nueva vía, á fin de apartar de su mente los escrúpulos que le asaltan y de hacerle desistir de sus pecaminosas intenciones contra su excelencia el Duque.

—Pero—contestóle el Barbero—tratáis de huir de un mal para caer en otro quizás mayor; así pregunto á vuestra merced: Si llegara el caso de que se unieran esas dos almas, ¿santificaríais en conciencia semejante unión? Miradlo bien, señor

Cura, porque ciertamente debemos todos nosotros de procurar el bien de la familia de Don Quijote como de la propia nuestra, y más tratándose de una huérfana desvalida, y no es bien que se diga «el mal ajeno de pelo cuelga», ni que, disponiéndose libremente de los sentimientos del prójimo, se aplique lo de «el pan de mi compadre y el duelo ajeno». No, amigo y señor; aunque de momento apareciera recobrada la razón del Bachiller, por un nuevo sentimiento que en él despertase, al fin vendría á dar en su tema, y si en su exaltación podríamos nosotros volverle las espaldas, dejándolo con su razón ó sinrazón, y á la mosca que es verano, no así su desgraciada velada, que, ó lo soporta con riesgo de su persona, ó tendría que recluirlo en lugar conveniente, quedando viuda en vida de su marido. Nada, no hay que usar medios violentos, como el empleado con Don

Quijote; porque el escarmentado busca el vado, y ¡quién sabe cuáles serían las consecuencias de semejante resolución! Veamos más bien de ponernos de acuerdo con el Médico, y que éste aconseje á la familia del Bachiller su ausencia de esta aldea, como medio para reponer su quebrantada salud, ya volviéndolo á Salamanca, ya haciéndolo residir en la Corte, y veremos entonces qué aspecto presenta la cuestión.

—Convenido, maese Nicolás— manifestó el Cura;—veo á vuesa merced muy puesto en razón: dárle cuenta al Médico de cuanto ocurre, y descartemos por nuestra parte toda responsabilidad: en el entretanto..... pero ¿qué voces son ésas? Si no me engaño, es nuestro amigo Sancho el que provoca las alegrías de mi ama.

No cesaba ésta de alborotar la casa con sus voces y gritos de con-

tento, dándole á aquél mil norabuenas é infinitas gracias al cielo por el total restablecimiento de Sancho.

—¡Adelante!—dijole el Cura, saliendo á recibirlo.

—¡Bien, amigo mío!—expresó el Barbero.—Ya, por esta vez, habéis burlado á la descarnada.

—¿Y cómo no?—dijo Sancho.—Dos higas para ella, y vivamos.

—¿Y qué tal os halláis?—preguntóle el Cura.

—Como nunca—contestó aquél; —todos mis males han sido tortas y pan pintado.

—Con todo, amigo—expresó el Barbero,—nos habéis tenido muy inquietos y disgustados.

—Habéis hecho mal—dijo Sancho,—porque, á mi ver, todo ello ha sido falso, vano é ilusorio como tesoro de duende.

—En fin—expuso el Cura,—demosle gracias á Dios.

—Y á mis gallinas—agregó San-

cho,—que habré de reponer su número cuando venga á mejor fortuna; que no parece sino que la landre se ha cebado en ellas, sin respetar condición ni estado. Pero veamos, ¿qué nuevas tenemos? ¿Qué se sabe de los Duques?

—Por ahora, esperando el aviso de la llegada; todo está arreglado—dijole el Cura.

—No dejéis de avisarme tan fausto día—replicó Sancho,—que me prometo de ir á recibirlos montado en mi rucio con todas nuestras galas y más contento que Mingo.

—Ya se le avisará, amigo—manifestó el Cura,—é iremos con vos maese Nicolás yo, caballeros en nuestros cuartagos.

—Bien creo que no faltará nuestro Bachiller—dijo Sancho.

—El señor Cura y yo seguramente no faltaremos—expuso el Barbero;—pero el señor Bachiller no podrá asistir á tal recibimiento por-

que está algo enfermo y rara vez sale de su casa.

—¿Y de cuándo acá adolece su merced?—preguntó Sancho.

—Há días—contestóle maese Nicolás;—quizá tenga que mudar de aires.

—Pues qué, ¿tan malos vientos corren aquí, en la Mancha, para su merced?—expuso Sancho.

—Tan malos—dijo el Cura—como los que suele producir una profunda tristeza que le consume, y por ello quizá tenga que marchar á la Corte, ó quién sabe si fuera de España.

A lo que expresó Sancho disimulando su sorpresa:

—Si ello lo pide su salud, debe de hacerlo, siguiendo los consejos del médico y el de sus amigos; mas si se empeñara en quedarse aquí, contraviniéndolos á todos, le pasará lo que al galápago del cuento.

—Y ¿qué le pasó á ese galápago?—

preguntó el Barbero sonriéndose.— Ello será alguna simpleza de las que vos soléis creer.

—No lo es tanto—señor discreto rapista, y en prueba de ello estadme atentós—replicó Sancho.—Según me contaba una mi agüela, tal hecho ocurrió en aquellos tiempos en que los animales hablaban.

—No seáis, amigo, tan simple—dijole el Barbero,—que vayáis á creer semejante patraña; charlarían sin ton ni son, no que hablarían

—Hablaban, y con mucho sentido—manifestó Sancho,—porque aún no se conocía entre ellos el oficio de rapista.

—Eh, ¿qué es eso, amigo?—dijole aquél algo amostazado.—Entonces hablarían también las cosas materiales, y de ahí aquel decir: «Dijole la sartén á la caldera: Quitate allá, culinegra.»

—A la verdad me atengo—replicó Sancho,—que por algo se dice:

«Ni barbero mudo, ni cantor sedudo.»

Intervino el Cura, observando el giro de la conversación, y díjoles:

—Pata es la traviesa, amigos; y vamos á vuestro cuento, Sancho.

CAPÍTULO XVII

EN EL QUE SE PROSIGUE EL DIÁLOGO

ANTEDICHO

FRASE que se era—dijo éste— una fuente, en la cual vivían en grata amistad dos ánades y un galápago; mas habiendo llegado un tiempo en que menguó el agua de la fuente, acordaron los ánades mudarse á otra más abundante de agua donde vivieran gustosos. Y ved, maese Nicolás, si los que tal discurren pueden merecer el ditado de charlatanes. ¡Y vaya si no es verdad lo que me dijo mi señor Don Quijote en cierta vez de que de los animales han aprendido los hombres muchas y buenas cosas!

—¡Adelante!—dijole el Cura.

Y prosiguió Sancho:

—Despidiéronse del galápago, diciéndole la causa de su mudanza, á lo que éste les contestó: «¡Dichosos vosotros, que podéis ir donde quisierades! Mas ¡ay, miserable yo! que no puedo vivir sin agua ni ir con vosotros, por lo que os ruego me deis consejo para ver cómo pudierais llevarme.» Los ánades le dijeron: «Nada podemos hacer, á menos que te obligues, mientras te llevamos, á no decir cosa alguna aunque te llamaren.—Así lo haré, dijo el galápago; pero ¿de qué manera me podréis llevar?» Y ellos le dijeron: «Morderás en un madero y cogeremos los cabos, y así te llevaremos.» Convenidos, pues, lleváronle por el aire, lo cual, visto por unos hombres, dijeron admirados: «¡Ved qué maravilla, un galápago entre dos ánades, que así le llevan en el aire!» Lo cual, oí-

do por el galápago, les respondió: «¡*Aunque vos pese!*» Y abriendo la boca para hablar, cayó en tierra y murió.

—Comprendido, Sancho—dijole el Cura, —hay que seguir los buenos consejos; pero ¿qué fuerza será bastante á convencer al Bachiller si se niega ó resiste á salir del aldea?

—La de la razón y la conciencia, juntamente con la de su fama—contestó Sancho.

—¡La de su fama!—exclamó con extrañeza el Cura.—¿Qué causa lo hace famoso?

—Escuchadme—dijo Sancho:—razón es que mire por sí mismo, y es de conciencia no dar pesadumbre á sus padres y amigos, y debe acrecentar su fama, como médico insigne, para bien de los hombres y gloria de esta aldea.

—¿Como médico habéis dicho?—manifestó sorprendido el Barbero.

—¿No sabéis que Sansón Carrasco estudia para la Iglesia?

A lo que le contestó Sancho con cierta ironía:

—Eso era en otro tiempo; hoy se muestra tan sabio médico, que ¡mal año para los *Hipócritas y Galianos!* Y hará curas tan estupendas que ofrecerán maravillosos resultados, como las de cierto hidalgo que ahora recuerdo y que presumía saber de lo que no entendía.

—En verdad, Sancho—repuso el Cura,—que no vos entiendo una sola palabra.

—Yo bien sé lo que me digo—expresó aquél,—y si queréis más explicaciones, pido á vuestras mercedes permiso para referirles un sucedido, y vaya de cuento, el cual oí relatar en Tembleque, cuando en otros años iba á ese lugar en el tiempo de la siega.

—Tenéis nuestra licencia—dijole el Cura,—y venga presto ese cuen-

to, que ya estoy deseoso de conocerlo.

— Había en Sevilla — dijo Sancho — un hidalgo....., que me parece que lo estoy viendo.

— Pero, poco á poco — expuso el Barbero, — ¿cuándo habéis estado vos en Sevilla, amigo Sancho?

— Yo no he estado nunca — dijole éste — en esa hermosa ciudad, de la que dijo yo no sé quién que era amparo de pobres y refugio de desechados, sino que el Sacristán, que era muy leído y fué el que tal hecho contaba, juró de haberle visto y conocido, y no hago más que repetir sus palabras para que no se dude un punto de la verdad del cuento, y como lo refería con esa gracia que á mí me ha negado el cielo, se me quedó tan impreso en la memoria, que no hay más que decir.

— Adelante — dijo el Cura.

— Ese tal hidalgo — prosiguió San-

cho, — que por más señas era no muy alto de cuerpo, nariz nada aguileña, boca grande y algo ceji-junto, estaba emparentado con la muy ilustre familia de los Cárdenas, cuyas ramas se extienden por toda la Andalucía, que por más verdad uno de ellos dicen que dió muy grandes pesadumbres á sus padres por cierto intríngulis amoroso que á la fin y á la postre legitimó nuestra Santa Madre Iglesia.

—Si proseguís refiriendo de ese modo vuestro cuento, no lo acabaréis en dos semanas—manifestóle el Cura;—abreviad un poco y dejaos de pormenores que no son precisos.

—No sé contarle de otra suerte—expresó Sancho,—porque nos decía el Sacristán que todo lo que llega y toca á la jurisdicción del gusto debe tener su salsa, abundando en especias bien proporcionadas, sin dejar de cargar la mano en aquellas que

la naturaleza pide, y así, nos decía: «Todos vosotros sabéis lo que es una faz de cañas de trigo, pues ved que hay en ella más paja que grano.»

—Está bien—manifestó el Cura;—pero figuraos que esa faz está ya trillada y aventada la parva, y veamos si el grano corresponde al año.

—No por mucho madrugar amanece más aína—contestó Sancho.—Tenga vuesa merced un poco de paciencia, que ya llegaremos al fin del cuento, como á todos llegará el de la vida, sin que basten emplastos ni melecinas para contenerlos.

—Perfectamente—expuso el Cura;—pero tened entendido que yo no soy aquel reverendo eclesiástico á quien desesperasteis en el palacio de los Duques (1) cuando á su pre-

(1) Capítulo xxxi, segunda parte, *Don Quijote de la Mancha*.

sencia referisteis otro cuento parecido con el que disteis y no poco que sentir á vuestro amo Don Quijote.

—Sí, recuérdolo—dijo Sancho;—pero si vuesa merced no es aquel buen señor, yo no puedo dejar de ser el mismo para decir las cosas, porque lo que en el capillo se toma con la mortaja se deja.

—Vamos al cuento—manifestó el Barbero,—y excusemos digresiones que hacen demasiado largo el camino.

—Todo se andará—expresó Sancho,—y considerad, maese Nicolás, que no todos son tan llanos que no dejen de tener sus tropiezos y dificultades. Digo, pues, que el referido hidalgo presumía de tener mucha ciencia en todas ellas, y en la que más parecía distinguirse, ó por lo menos él se creía un doctor, era en la de Medicina, hablando casi siempre en latín para que le creyesen

un pozo de sabiduría, y usando muchas veces en su lenguaje de un estilo tan intrincado y confuso que de nadie era entendido.

—Perdonad, Sancho; pero ahora recuerdo por vuestra relación y pintura — díjole el Cura, — á cierto estudiante que en Sigüenza conocí cuando yo lo era de aquella Universidad, en que para indicar la hora del anochecer decía: «No deberá hacerse tal ó cual cosa hasta que sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados donde suelen cuando han dado fin á su jornada», y en otras ocasiones, para que el ignorante vulgo lo elogiara, exclamaba con fingida modestia y después de una larga meditación:

Estoy pensando, en medio de mi engaño,
El tiempo de mi vida mal perdido;

ó ya, volviendo á sus extravagantes metáforas, imitando á nuestro imi-

tador de Píndaro, decía contemplando al sol:

Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro paze estrellas,
.....
Que sombras sella en tómulos de espuma.

—¡Que me maten—exclamó Sancho— si no es ahora vuesa merced el que alarga mi cuento! Pero á fe mía que no parece sino que vuestro estudiante y mi hidalgo fueron vaciados en un mismo molde.

—¡Cáspita!—gritó el Barbero impaciente, — basta de antecedentes; que de seguir Sancho de ese modo, llegará el día del juicio y aún no habrá terminado su relación.

— Pues, como decía — continuó aquél, — y según recuerdo haber oído decir que de los tontos es infinito el número y de entre ellos abundan los que pasan el camino de la vida en lágrimas deshechos en vez de ir cantando «las tres ánades

madre», acertó á entender nuestro hidalgo acerca de un caso para que fué llamado. Parece ser que un gentil mancebo, hijo de una muy principal familia, á influjo de la lectura de ciertos libros de encantamientos y de magia, dió en la manía de creer que lo habían convertido en estatua de mármol, y pasábase á hurto de su familia muchas horas del día y de la noche subido en un pedestal que en el jardín de su casa había. Ofrecióse nuestro hombre curar al loco, y sin encomendarse á Dios ni al diablo se dijo: «Yo acabaré con el mancebo que vuelva á su juicio; el loco por la pena es cuerdo.» Sorprendióle una noche en su habitual actitud, hízole bajar del pedestal, y queriendo hacer uso de una buena estaca de que se había provisto, fué derribado en tierra por el loco y con sus mismas armas machacado. Curóse del molimiento, y á impulsos de la venganza volvió á entenderse-

las con el loco, llevando en su compañía quienes le ayudasen, y entregando á aquél le amarraron fuertemente á un árbol del mismo jardín, y así, y á mansalva, dióle tan desahogado vapuleo, que lo dejó sin sentido y medio muerto. Desatáronle, lleváronle á su aposento, metiéronle en su lecho, y á los dos días murió á consecuencia de la eficaz medicina administrada. Este es mi cuento y dejo su aplicación para el discreto.

Miráronse el Cura y maese Nicolás, comprendiendo la malicia de Sancho, que daba á entender muy á las claras el conocimiento que tenía del medio de que se valió el Bachiller para pretender la curación de Don Quijote y las consecuencias de él.

—Hablemos claro, amigo Sancho —díjole el Cura, — y dejémonos de indirectas. Decidnos lo que habéis sospechado y las razones en que

fundáis semejante sospecha, porque bien podéis estar equivocado; que uno de los orígenes del error es el dominio de los afectos, y así dijo Aristóteles que cada cual juzga según está afectado, y es conveniente en todo juicio separar la parte de verdad de la que nos engaña con apariencia de verdad.

—No entiendo de esas filosofías— expresó Sancho;—de nada valen las palabras ante la realidad de los hechos. Ayer me dejé llevar poderosamente de cuanto me decía mi amo y señor querido; hoy he dejado de ser sacristán de amén, y si yo no fuera un cristiano viejo y temeroso de Dios, al pensar en la conducta del Bachiller, procedería de momento y exclamaría: «á las que sabes mueras, y sabía hacer saetas.»

—Nada, Sancho—dijole el Cura,—no hay que dejarse dominar por el deseo de la venganza, porque siendo ésta hija de la ira, conduce á

muchos males. «Toda amargura de corazón, dijo el Apóstol, toda ira y indignación sea quitada de vosotros y toda malicia.» Y toda malicia, Sancho, ya lo oís. El hombre airado procede sin conciencia, y no hay más que aplazar la ejecución de sus actos hasta que se aplaque la cólera. Refiere Plutarco de un hombre principal y muy sabio y privado de un Emperador, que le había dado este consejo: que cuando estuviese airado no mandase hacer cosa alguna hasta que muy despacio y consigo mismo pasase todas las letras del alfabeto; lo que quería decirle que son desatinados los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazón.

—Conforme, señor Cura — manifestó Sancho; —pero conmigo no reza semejante remedio, porque no entiendo migaja de letras.

—Pero acudiréis á la oración— expresó el Cura,—que para el caso es lo mismo.

— Es muy cierto — contestóle aquél, — y haré por seguir vuestro consejo, puesto que si en toda mi vida he sido sosegado y pacífico, ¿quién ha visto el día de mañana?, y sobre todo, nadie puede decir de este agua no beberé.

— No vos toca, amigo, juzgar la conducta del Bachiller — manifestóle el Cura, — y aplacad cualquier rencor que contra él podáis abrigar.

— Si no me toca juzgar al Bachiller, tampoco ha debido tocarle á él juzgar á mi amo Don Quijote — manifestó Sancho. — ¿Quién le dió facultades para calificarlo de loco?

— Los hechos verificados por vuestro amo y señor, Sancho — dijole el Cura, — los cuales fueron tenidos por todo el mundo como verdaderas locuras, á impulsos del natural instinto en los hombres que hace fuerza de ley, y por eso dijo Cicerón: *In omni re consentio omnium lex natura putanda est.*

—No entiendo más que el romance y aun Dios y ayuda—contestó Sancho.

—Quiere decir, amigo—replicó el Cura,—que es una ley de la naturaleza el consentimiento universal de los hombres acerca de una cosa, y sería injusto eliminar de tan general creencia la del Bachiller; y aun hay más: vos mismo, Sancho, calificasteis de loco á vuestro amo en más de una ocasión.

—Dios y en hora buena—dijo éste rascándose la barba sin saber cómo contrarrestar la lógica del Cura;—pero si el Bachiller no me debe nada, débeme y mucho el caballero de la Blanca Luna.

—Medid bien vuestras fuerzas —dijole el Barbero á Sancho, — y no os esponzáis á que de vos digan: arremangóse Morilla y comiéronla los lobos.

—Ya veremos si el tal caballero me entiende ó no, ó sobre ello mo-

rena. Ya dije en cierta ocasión, y ahora repito, que soy de la familia de los Panzas, que si una vez dicen nones, nones han de ser á pesar de todo el mundo; y cuando la terquedad se estrecha con mi ánimo, amancebándose conmigo á pan y cuchillo, no hay más que esperar el resultado, aunque sobrevenga la de Dios es Cristo.

— ¡Cepos quedos!, amigo mío — dijole el Cura; — el Bachiller casi pertenece á la Iglesia, y procurad no incurrir en el anatema.

— No sé de *Tologías* — replicó Sancho levantándose para marchar; — pero el que á hierro mata á hierro muere, y no sería el primer fraile que habiendo faltado á la ley de Dios le hayan librado sus hábitos de residir en los infiernos. En fin, á Dios quedad, y al tiempo.

Fuése, dejando al Cura y al Barbero impresionados por su resuelta determinación.

—¡Dios nos libre de mayores males!—dijo el Cura al Barbero.

—Tal lo deseo—dijo éste;—pero si Dios da la llaga, también da la medicina.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Que trata del entierro de Don Quijote y de otros varios sucesos.	11
CAP. II.—Del diálogo mantenido entre el Cura Pero Pérez y el Bachiller Sansón Carrasco.....	23
CAP. III.—De las tribulaciones pasadas en la casa de Sancho Panza, con motivo de su enfermedad.....	37
CAP. IV.—Donde se continúa el diálogo mantenido entre el Cura Pero Pérez y el Bachiller Sansón Carrasco.....	45
CAP. V.—De la repuesta dada por el Cura al Bachiller Sansón Carrasco é interesante discusión promovida entre ambos.	53
CAP. VI.—En el que se prosigue la conversación entre el Cura y el Bachiller.	73
CAP. VII.—Que trata de varios sucesos de los cuales conocerá el curioso lector.	87
CAP. VIII.—De la conversación habida entre los dos pajes recién llegados á la aldea.....	101

CAP. IX.—De lo que pasó entre el Cura Pero Pérez, Sancho Panza, Teresa y Sanchica.....	109
CAP. X.—De la nueva entrevista habida entre el Cura y el Bachiller, é intervención en ella de Maese Nicolás el Barbero.....	119
CAP. XI.—De la nueva que el Cura Pero Pérez le comunicó á Maese Nicolás el Barbero.....	131
CAP. XII.—De la manifestación hecha al Cura Pero Pérez por el Bachiller Sansón Carrasco.....	137
CAP. XIII.—De lo que trataron el Cura y el Bachiller.....	145
CAP. XIV.—Del coloquio sostenido entre Sancho Panza y su compadre Tomé Cecial.....	155
CAP. XV.—En el que se continúa la materia del anterior.....	167
CAP. XVI.—De lo que pasó entre el Cura, el Barbero y Sancho Panza.....	181
CAP. XVII.—En el que se prosigue el diálogo antedicho.....	193

